

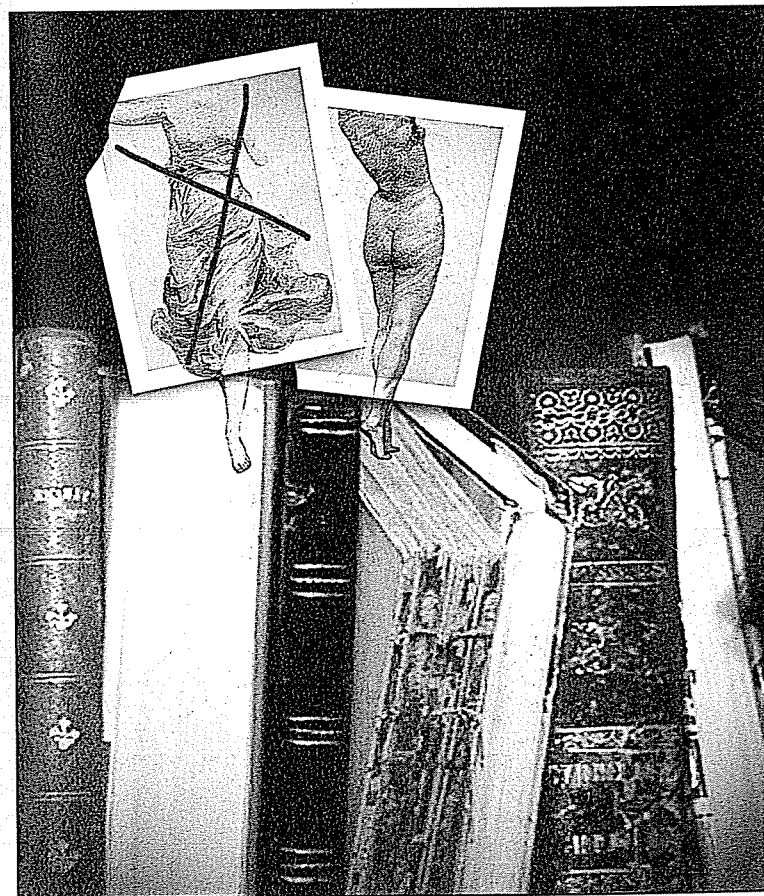
Collage de la portada: Teresa Guzmán Romero



Ulalume González de León A CADA RATO LUNES

Ulalume González de León

A CADA RATO LUNES



letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

A CADA RATO LUNES

Reconocida como una de las principales poetas contemporáneas de las letras mexicanas, Ulalume González de León comenzó su trayectoria literaria como narradora, con la serie de cuentos *A cada rato lunes*, publicada en 1970 y que ahora presenta el FCE. Mediante una narrativa de búsqueda y de insaciable curiosidad experimental, González de León engarza una serie de relatos de tintes autobiográficos que dan cuenta de su poética narrativa. En esta edición se han excluido tres de los cuentos originales de la primera editada por Joaquín Mortiz: *El trono*, *E:S:V:M* y *un miriápodo, arácnido o insecto* e *Intercambios*.

ULALUME GONZÁLEZ DE LEÓN nació en Montevideo, Uruguay, en 1932, y adoptó la nacionalidad mexicana en 1949. Ha colaborado en *Plural* (primera época), *Vuelta*, la *Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México* y otras publicaciones literarias nacionales y extranjeras. Entre su obra se encuentra, además del presente volumen, sus cuentos *Las tres manzanas de naranja* (1982), los libros de poesía *Plagio* (1973), *Ciel entier* (1978) y *Plagio II* (1980), y sus ensayos y traducciones *El riesgo del placer* (1979), sobre Lewis Carroll, y *El uno y el innumerable quien* (1979), sobre e.e. cummings. Se le deben también versiones en español de textos de autores franceses, italianos, ingleses y portugueses. El Fondo de Cultura Económica ha publicado *Plagios* (2001), que reúne los siete libros breves de poemas que González de León produjo de 1968 a 1979.

ULALUME GONZÁLEZ DE LEÓN

A CADA RATO LUNES

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

González de León, Ulalume

A cada rato lunes / Ulalume González de León — México :
FCE, 2003

115 p. ; 21 x 14 cm — (Colec. Letras Mexicanas)
ISBN 968-16-7033-7

1. Cuento 2. Literatura mexicana — Siglo XX I. Ser II. t

LC PQ 8519.G6 C32 Dewey M864 G644a

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra
—incluido el diseño tipográfico y de portada—,
sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico,
sin el consentimiento por escrito del editor.

Comentarios y sugerencias: editor@fce.com.mx
Conozca nuestro catálogo: www.fondodeculturaeconomica.com

D. R. © 1970, JOAQUÍN MORTIZ

D. R. © 2003, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-7033-7

Impreso en México • *Printed in Mexico*

SUICIDIO

ESE OBJETO DELICADO, color de rosa, siempre alerta, en forma de caracol que es el oído, cubierto a veces por una mecha permeable a los mensajes, se descompone de pronto, no da señales de vida, en alguna parte se obstruyó el embudo, y ajeno al origen del cortocircuito el oído mantiene la impasibilidad de la inocencia.

También los ojos, en su doble mecanismo de espejos y linternas mágicas, se ponen a operar en un solo sentido, copiando imágenes que no devuelven en destellos de inteligencia.

Entonces los labios están perdidos, inútiles ya para el diálogo, y profieren inconexos monólogos simultáneos en una amenaza dadaísta, “Café Voltaire”, a la armonía que reina entre dos seres humanos.

Y cuando de pronto se restablecen los circuitos, suena una palabra fuera de todo contexto, se alarman los oídos, los ojos echan chispas, algo así como la descarga de un rayo metafísico se pierde por las infinitas ramificaciones que llevan mensajes bajo la piel, y ese mensaje se llama dolor.

*

Yo siempre árbol, tú viento. Escapas hacia no sé qué rincón de la ciudad, y yo me inmovilizo en un cuarto de la casa.

La última vez pensé: quiero morir. Y me pareció que la postura más adecuada a tan grave determinación era sentarme en una silla pequeña con los pies juntos y la cabeza entre las manos y los codos apoyados en las rodillas. Por un momento me distrajo de mi dolor el intento de averiguar qué me dolía. Si el alma o las mandíbulas, el corazón o las muñecas. Y me pregunté si desaparecería todo tormento de quedarme yo dormida. Pero la certidumbre de mi dolor me llegaba del contraste entre mi condición y un pasado inmediato que provisionalmente llamaré felicidad.

No sé qué es mi dolor, me dije, sino sobre el fondo radiante de la felicidad, y no sé qué era mi felicidad, pero sé que la he perdido. No sé qué cosa es qué cosa. Pero sé que son cosas diferentes y que quiero morir.

Entonces, sin ton ni son, mis labios cambiaron de curva: estaban así, ∩, a lo Greta Garbo, y se pusieron así, ∪, porque algo tiró hacia arriba de las comisuras en una de esas malas pasadas de mi vitalidad, y pensé en mis *foreplay* contigo durante los “comerciales” cuando vemos algún programa de televisión desde la cama. El pasado que viene con máscara risueña, me dije, bello como los paisajes pintados en las cajas de galletas finas.

Una de las galletas decía “Cómeme”, y me la comí.

Entonces, Alicia-telescopio, comencé a estirarme hacia el techo, tristísima de no poder ya circular hacia el jardín encantado por una puerta siempre diminuta, y advertí en seguida que el techo era la muerte. Decidí por lo tanto, mientras pensaba, recorrer primero la mitad de la fatal distancia, luego la mitad de la mitad, luego la mitad de la mitad, etcétera, método que deja mucho tiempo libre para seguir pensando.

Así, mientras me suicidaba lentamente, estiré brazos y piernas, me ajusté el cinturón frente al espejo, lancé una mirada triste pero aprobatoria a mi pelo largo, mis tacones a la moda, mi envoltura de muselina tan perfecta... *afin que vive ou morte ton corps ne soit que roses*. Y luego bailé un rato y reconocí cada uno de mis músculos en ese alegre ejercicio. Ajenos a mi suicidio, a mi estatura, los niños me obligaron a hacer un deber de matemáticas y a solfear con ellos algunos compases de Schumann. Pero me negué en cambio a hablar por teléfono: la criada respondió, según mis instrucciones, que la señora estaba ocupada (recorriendo la mitad de la mitad).

*

Pasaron años. La casa calló, se fueron apagando todas las luces menos las de la habitación donde me encontraba, y cobré conciencia de un mundo de motores de automóvil que me hostigaban con decepciones de-

masiado frecuentes: vibraban a lo lejos, sus rumores crecían en dirección a mi puerta, a cierta altura de la calle su ruido me indicaba que no iban a detenerse, pasaban dándome un latigazo sonoro, y se iban haciendo sordos en el túnel de la noche. Porque tú llegarías tarde. O nunca. Tal vez tú también recorrías la mitad, y la mitad de la mitad, y la mitad de esa mitad del camino que antes nos unía, que ahora indudablemente nos separaba (vías de incomunicación, pensé, Secretaría de Incomunicaciones, el Sr. Secretario de Incomunicaciones inauguró...).

Estaba a punto de soltar un poema, aunque sé que así de emocionada se le acaba a una la autocrítica. Bueno, ni modo: ahí va aunque no pase de texto "terapéutico". Pero antes, me prepararé un *very long drink*, con siete octavos de soda para disfrutar lúcida mi desesperación. Y te escribí desde tu futura difunta:

"Intenté la palabra, la última palabra que el viento podía llevarte sobre árboles y tejados,

"pájaro de ceniza, proyectil redondo como la boca que lo profirió"... (un "¡Oh!", sin duda)... "que podía llegar a tu rincón de la ciudad como la luz de una estrella apagada hace miles de años.

"Viajó largo la palabra. Yo, bajo tierra, yacía resuelta en hierba; mi cuerpo hierba; las raicillas adheridas a los huesos no les quitaban su gran frío: ahora, en los huecos de mis ojos, ajenas lágrimas: las de la lluvia...

"Entonces oyó tu oído la palabra y corriste contra el viento, días atrás, años atrás, sin alcanzarme."

"Oyó tu oído"... ¿Con qué otra cosa se oye?... Bueno, ya es demasiado tarde, pensé... E iba a dejar así las cosas, cuando me invadió *mi otra yo*.

*

Pero no; todavía no —me dije—: $1/2 + 1/4 + 1/8 + 1/16 + 1/32 + \dots$, me dan tiempo para fumarme un cigarrillo.

Y si quiero llorar, ¿qué? Tú no lo vas a ver, te lo prometo. Me pondré compresas de té y unas gotas de ese colirio que deja el ojo blanco como tacita de Wedgwood. Pero ¡qué tarde es! Tú vas a llegar, tienes que llegar. Y mi otra yo prosiguió:

Es mentira lo de Aquiles y la tortuga. Sabes perfectamente que una línea de un millonésimo de pulgada tiene tantos puntos como una línea entre la Tierra y Betelgeuse. "Los puntos del reducidísimo segmento de línea pueden ponerse en una correspondencia de uno-a-uno con los puntos de la línea más grande que puedas imaginar, porque no hay relación entre el número de puntos de una línea y su longitud." ¿Comprendes, muy querido?, quiero que ya llegues a casa porque te amo. Olvida lo de la mitad de la mitad, olvida los semáforos y los motociclistas de tránsito. Yo sé que Aquiles debe ocupar tantas posiciones como la

tortuga, y también que debe recorrer una distancia mayor que la tortuga en el mismo lapso. “La única proposición incorrecta”, añadí recordando por un instante mis lecturas matemáticas, “es la deducción de que, ya que debe ocupar el mismo número de posiciones que la tortuga, no puede ir más lejos mientras hace lo primero. Aun cuando las clases de puntos de cada línea, que corresponden a las varias posiciones tanto de Aquiles como de la tortuga, son equivalentes, la trayectoria de Aquiles es mucho más larga que la de la tortuga. Aquiles puede andar mucho más lejos que la tortuga sin tocar, sucesivamente, más puntos”. Llega ya, querido, ¡pronuncia la palabra del indulto!

*

Alicia-telescopio: ¿aceptas entonces también la inminencia del techo-muerte?... Pero mira cómo has llorado hasta deshidratarte. Y tu *very long drink* sigue intacto. ¿No ves que dice “Bébeme”? Y tú te lo bebes y te haces pequeña, pequeña, y nadas por el estanque de tus lágrimas y aunque no hay ratón que te acompañe llegas a su orilla. Entonces ruge un motor, y aminora la marcha, y el ruido del portón de madera que *alguien* abre para entrar al jardín es tan real que pone fin al encantamiento. Ya no hay tiempo para colirio ni compresas de té. Coge un kleenex, suénate la nariz, ¡corre!

Prometo no volver a suicidarme. Al ver lo rojizo de mis ojos, entiendes lo que ha pasado, y tus ojos me recitan a Shakespeare:

If she be mad —as I believe no other—
Her madness hath the oddest frame of sense,
Such a dependency of thing on thing
As e'er I heard in madness.

DIFÍCIL CONQUISTA DE ARTURO

(Hoy, 1 p. m.)

Oigo a Clara pensar:

“Arturo, ¡socorro! Sé que es inútil y hasta contraproducente que me ponga melodramática. Sé que nada altera tu indiferencia, Arturo difícilmente conquistable. Pero necesito estar a solas contigo o voy a estallar, a desaparecer haciendo *plop* en pleno aire sin que nadie me oiga en el estruendo del mundo.”

Me divierte oír pensar a Clara. Hace tres horas que está sentada a su mesa de trabajo frente a una hoja en blanco. Yo, invisible y casi ingrávito, dos pulgadas de estatura y el peso de una araña mediana —lo suficiente para alojar algo más que los cinco sentidos humanos—, la miro desde la rosa más cómoda del florero, una rosa granate con el centro amarillo que ha recogido imperceptiblemente los pétalos para albergarme. Lo único que ha escrito Clara en tres horas es el nombre de Arturo en el ángulo superior izquierdo de la hoja en blanco. Yo, invisible y casi ingrávito, dos pulgadas de estatura y el peso de una araña mediana, pertenezco al grupo de los A-2, que no jugamos nunca

con personas absolutamente trágicas como lo hacen los A-1. Si ahora acepto visitar a Clara, molestar a Clara, es porque ella es aprovechable. Aun al borde de las lágrimas, como en este instante, piensa siempre esas cosas absurdas que le valieron ser mi elegida de este año en la ciudad de México (entre un grupo de finalistas de ambos sexos; la verdad es que últimamente se ha vuelto alarmante el porcentaje de mujeres con duende).

Clara, decía, no es absolutamente trágica. Ahora, por ejemplo, siente de veras que está a punto de desintegrarse —y Clara no finge. Pero está pensando, al mismo tiempo, que es una gran burbuja como las que hacen con agua jabonosa los niños en sus pipas de juguete. Una gran burbuja cada vez más grande y delgada, irisada con los colores de su vestido y su piel y sus cabellos, casi irreconocibles en la superficie brillante y combada. Y de pronto la burbuja hace “¡plop!”, como dice ella —me gusta su lenguaje—, y caen sobre la mesa y la silla algunas gotas húmedas, algunas partículas casi inmateriales. Y a continuación Clara imagina a su marido preocupado con su desaparición, llamando a la policía, e imagina a un detective de novela policiaca inglesa que, después de examinar con una lupa los restos de la burbuja, comunica al recién llegado cónyuge: “Me consta que su esposa estalló. Y lo último que escribió fue *Arturo* en el ángulo superior izquierdo de su hoja en blanco. ¿Conoce usted a Arturo?” Por un momento veo en los labios de Clara

una sonrisa imperceptible para los ojos humanos, lamentables como detectores. Luego ella se muerde cuatro uñas de la mano izquierda, suspira, y enciende otro cigarrillo.

Me fastidia el humo, especialmente en esta región que es “la más asfixiante del aire”. Pero mi trabajo supone ciertas incomodidades, en realidad insignificantes. En cambio los A-3 asisten a individuos solemnes, grandilocuentes... Los pobres quedan extenuados a fuerza de inflarse... ¿Y los A-4?... Deben tomar efedrina para resistir a ciertos autobiógrafos que se creen nuevos Proust(s)... Sin hablar de los A-1, que tratan con humanos trágicos, de esos que aprovechan la más mínima oportunidad para sufrir a fondo y, después de grandes aspavientos, no escriben más que unas cuantas líneas en verso, estilo mucho-ruido-y-pocas-nueces (a veces estos últimos candidatos se desmayan y los A-1 también).

Clara consulta su reloj pulsera y pone los ojos en blanco. “¿Qué puedo hacer con este espacio de la casa que *llaman* mi estudio?”, piensa. Yo también solía llamarlo sin rencor, con naturalidad, mi estudio. ¿Desde cuándo me molesta que esté “modernamente integrado” a la sala, y ésta al comedor, y todo el conjunto al jardín como debe de ser en la era de “las paredes de vidrio y la liberación de los muros”?, piensa. “¡Ah, los arquitectos!... ¿Desde cuándo me siento expuesta al continuo bombardeo de la casa viva, animal, llena de

dientes que rechinan, uñas que arañan, voces destempladas?... Y yo en el cruce de los proyectiles, tan indefensa como Sebastián el día de las flechas. ¡Y Arturo tan lejos! ¿Cómo podría volver a creer que hay algo llamado soledad?”

Clara se imagina trepando a la carrera hasta la punta de un cerro, no sé si en busca de soledad o para gastar su exceso de energía que podría convertirse en melancolía si no le enseño a aprovecharlo.

“Allá en la cumbre silenciosa”, piensa ella, “sacaría yo del seno algún precioso manuscrito, como Orlando su *Encina*. Pero no estoy en la punta de un cerro aunque lo necesite mucho más que Orlando —quien poseía una mansión llena de cuartos y salones, ¡ninguno de ellos *integrado* al siguiente! Estoy casi en la situación a que atribuye Virginia Woolf la escasez de genios femeninos en la historia: falta de dinero propio y de un cuarto propio. Gano algún dinero, pero el cuarto deja mucho que desear”.

Tendrás que aprender a viajar de la casa viva al silencio, Clara, sin acostumbrarte jamás ni a la una ni al otro, desesperada siempre.

Tendrás que descubrir sola lo bueno que es estar desesperada y no acostumbrarse. Yo me he desesperado contigo toda la mañana, ya que es la única forma de cumplir con mis instrucciones: aprovechar a Clara, pensadora de absurdos y habitante de una casa viva (parte de nuestro “Plan pro-mujer-en-el-arte”).

(Flash back)

Clara quisiera tener una torre de marfil. Me encantaría regalársela: yo soy el culpable de que haya perdido la paz interior. Pero de eso se trata. Cuando llegué, ella no sabía de las *criaturas del silencio*. Su trabajo de traductora para Arthur D. Little —el remunerado— bien podría nacer junto a una batería en acción. La “casa viva” es para ella una novedad. Por lo que he observado, los humanos no necesitan en cambio silencio para procrear. Clara tiene dos niños. Fui yo quien hice concebir a Clara su primera criatura de silencio: ese cuento cuyo manuscrito ya rompió y arrojó al cesto.

Recuerdo la primera noche de nuestra simbiosis: ella vestida de *chiffon* color marfil y yo prendido a la tela entre sus pechos —el trabajo de los A-2 tiene también sus ratos agradables— para estudiar el ritmo de su corazón y sintonizar con él mi cuerpo, que es a veces corazón, a veces ojo, oído, nariz o lengua. Clara había reunido a un grupo de amigos para cenar. Pequeños icebergs tintineaban contra los cristales de las copas, sumergidos como de costumbre siete octavos de su volumen, sólo que en mares de whiskey con soda. Una amiga de la casa bailó, más apretada de lo debido, con el marido de Clara y ésta se puso trágica —había derretido demasiados icebergs. Entonces la conduje hacia la ventana que da al jardín y le enseñé el peral en flor: Clara lo miró largamente y se sintió poseída

por una alegría inexplicable. Cuando terminó la fiesta la hice entrar en el estudio, ya que ella tenía un pretexto para desertar del lecho conyugal; y allí, en el silencio propicio, le hice escribir un cuento. Bueno... era el famoso *Bliss*, que *escribió ya* Catherine Mansfield acerca de otro marido y de otro peral, por lo cual decidí que Clara lo rompiera y olvidara. Con todo, ese plagio no estuvo nada mal como primera lección. Con esa experiencia Clara crió duende.

(Un día después, 10 a. m.)

Esta mañana me bañé con Clara en la ducha mientras su marido se afeitaba a dos metros de distancia. Salí a secarme al jardín y me instalé después en la rosa granate del estudio. Ella llegó a las diez en punto y se sentó frente a la hoja en blanco. Anoche yo le había propuesto dos motivos: una choza de madera carcomida por las termitas y un hombre que corría por las calles de Coyoacán, pero siempre bajo el mismo árbol. Clara decidió reunirlos como a dos acaeceres simultáneos y sujetos el uno al otro por una ley tan fatal como ilógica, tan ilógica como satisfactoria. En efecto, el hombre debía llegar a un sitio, resolver algo, antes de que las termitas consumaran su obra de diez años en una cabaña del Amazonas que iba a caer hecha polvo. Dejé que Clara pensara en ello brevemente y la empujé a los brazos de su marido antes de que estro-

peara la idea con desenlaces prematuros, y sobre todo para que esa noche la dificultad de expresarla creciera en sueños hasta el colmo, lo que casi equivale a haber hallado una solución.

Son ahora las diez de la mañana y yo contemplo a Clara y la oigo pensar desde mi receptáculo perfumado. Ignoramos aún qué va a suceder con el hombre y los xilófagos. Ella se sirve el primer café, enciende el primer cigarrillo y, frente a la hoja en blanco, busca el contacto indispensable entre su personaje en blanco y las mal llamadas hormigas blancas...

"... porque las termitas son pardas o negras", piensa mi muy precisa discípula. "Y no son hormigas: pertenecen al orden de los isópteros".

Perfecto, Clara: los detalles absurdos son mucho más útiles que un plan general de desarrollo.

"Esas termitas deben tener unos años de labor clandestina para que la catástrofe amazónica sea inminente y el hombre se sienta en verdad acorralado."

Molesto a Clara: no basta, le digo, con que esté informado acerca de las termitas. Debe haber otra razón para que las escoja, para que las prefiera por ejemplo a las hormigas carpinteras o a los escarabajos xilófagos. Y esta vez Clara no se molesta.

"Podía haber escogido hormigas carpinteras o escarabajos xilófagos", piensa, "pero esos insectos horadan torpemente la superficie de la madera dejando un polvillo que los delata. Me gustan las termitas, prefie-

ro a las termitas, porque atacan en secreto las estructuras desde túneles cavados en las entrañas de la tierra, y si por casualidad afloran a la superficie tapan en seguida el agujero acusador. Al contemplar a la víctima, mi cabaña de madera por ejemplo, un espectador ingenuo pensaría que es sólida; pero la cáscara, que se ha ido adelgazando, contiene cada día menos cuerpo y más fantasma, y puede desmoronarse si se posa en ella un pájaro distraído, o si un mono chilla demasiado fuerte en las inmediaciones".

Vas bien, Clara. La simpatía por los personajes es necesaria para que éstos no resulten falsos... Ibas bien. Pero los reiterados acentos de una escoba cercana, que nunca hubieras oído antes de mi llegada, te ponen la carne de gallina, y el zumbido de una licuadora es ahora huésped de tu columna vertebral. En cuanto a mí, Clara, me tiemblan las antenas, tan menudas como los estambres de esta rosa. Los motores nos rugen desde la calle, nos sacude el timbre del teléfono. ¿Ya ves?... Los heraldos del ruido se han confabulado para anunciar a la reina interruptora de los sueños: se abre la puerta de la cocina y Eulalia proclama con voz de clarín: "¡Es un equivocado!"

Yo apunto la cabaña amazónica gritándote mudo: ¡todavía no acaban las termitas con ella!

Clara oscila de Eulalia a mí, de mí a Eulalia.

¡Aguzo mis imanes,
la retengo a mi lado!

Piensa: "El hombre sabe desde hace diez años que la cabaña va a desmoronarse, pero hace diez años no le importaba demasiado, porque era un niño todavía y no creía en procesos irreversibles..."

Vuelve a sonar el teléfono. Eulalia toca el clarín: "Es mi primo, señora".

¿Por qué se siente en la
necesidad de comunicar a
Clara *todo* cuanto sucede
en esta casa?

Clara vuelve a oscilar.

Los imanes me duelen

"¿Cómo sabe el hombre lo de las termitas? Hace diez años no podía haber viajado al Amazonas... Tal vez su tío era entomó..."

Eulalia irrumpe en el estudio. Quiere tres pesos para el viejito que barre la acera. Clara hurga en su bolso de mano, un abismo colmado de objetos increíbles, y reúne trabajosamente doce veintes y dieciséis quintos...

Oscilando otra vez con más y más fuerza, mis imanes no responden.

"Su tío era entomó..."

dice Clara en un viaje hacia mí y pensando en el hombre. Pero el teléfono la pesca en el aire y la lanza en sentido contrario.

Ahora Clara se levanta porque la llamada es de una de sus amigas. ¡Oh miseria! ¡Oh terrible oficio de los A-2! (en mi último trabajo tuve que urdir un rompimiento amoroso para que una mujer dejara de telefonar a un candidato al premio de novela Seix Barral). Clara regresa. La Esterbrook cargada con tinta azul, ya seca, tiembla en su mano derecha; las termitas buhlen a lo largo de su esternón; mi rosa se pone ácida. Sí, Clara, por favor: corre por un antiácido. Ambos lo necesitamos.

(11 a. m.)

Clara tritura lentamente, entre dos muelas, el cuerpillo blanco de un aldrex. Yo me siento como sabor a tierra y menta, pero bastante mejor, y mi rosa recobra su famosa dulzura literaria. Cuadras más allá de esta

casa, el hombre corre por la calle de Malintzin; flanqueando el mercado de Coyoacán, trata de llegar a, antes de que; y practica la “carrera estática”, bajo un mismo árbol, como en las pantomimas de Marcel Marceau.

“Su tío era entomólogo”, dice Clara por fin, y enciende otro cigarrillo, “le contó, cuando el hombre era niño, sus aventuras en el Amazonas. ¿Pero las terminas?... Necesitan sin duda un contexto impresionante para que un niño las recuerde durante diez años”. Los términos *Amazonas* e *impresionante* desatan un reflejo condicionado literario: la imagen de una cabecita reducida. Pero en fin... no interrumpo. Las cabecitas reducidas son propiedad de todos, como cualquier lugar común, sólo que más horribles. Y los A-2 no estamos *a priori* contra el lugar común, que puede ser rehabilitado con un poco de imaginación e impaciencia.

Dejo a Clara ir por un tomo de su enciclopedia, ya que no sabe casi nada de los jíbaros cefalorreductores. Tampoco sabrá gran cosa cuando se dé por informada. La conozco: de Chantilly, por ejemplo, escenario de tantos paseos suyos cuando tenía dieciséis años, no recuerda bien ni la arquitectura del famoso castillo ni su historia, sino sólo un invisible pájaro cucú en la niebla violeta del bosque; pero asegura que conoce el sitio como la palma de su mano. Como debe conocerse cualquier solar del sueño, Clara. Bueno...

ahora practicarás una vez más tu ejercicio de olvido sustituyendo cosas por ecos de esas cosas, más vivos que las cosas mismas.

Clara ha leído ya cuatro páginas del espeso tomo consultado, con el ceño fruncido y comiéndose con la lengua el lápiz de labios. Sabe ahora que los jíbaros no viven exactamente junto al Amazonas sino en la vasta región de la Amazonia. Prefiere, entre todas, a una tribu instalada en las selvas vírgenes ecuatorianas junto al bajo Napo, porque en su horizonte humea un volcán, el Samay, eventual amenaza eventualmente aprovechable. Repite: *tzanza* —imprescindible, piensa. Recuerda el tumango, melancólico instrumento. Un nombre para la madera de la cabaña: quebracho. El timiu preparado con nueces de babazu y miel silvestre. El extracto alucinante de raíces de malicua, prólogo bebestible de danzas y coros. La chica triturada a blancas dentelladas por las mujeres. Todas esas palabras la excitan deliciosamente. Una última chupada de a centímetro, y aplasta el LM contra el cenicero. La excitación aumenta, el Samay humea, los jíbaros danzan.

Oigo pensar a Clara:

“Inmaculada hoja en blanco, voy a macularte ya, pero ya, con algunos garabatos de tinta negra. ¡Es inminente e inevitable!” Acomoda la hoja. Coloca luego al alcance de su mano las otras Esterbrook —cargadas respectivamente con tinta azul, roja y verde—, y se prepara para corregir la inminente primera ver-

sión, como ya lo dije en tinta negra, con la pluma cargada de verde; pasar luego en limpio este borrador con la pluma cargada de tinta marrón, corregirlo con la roja, etcétera, etcétera.

Pero ahora Eulalia ha entrado en actividad en el baño contiguo: chocan frascos de vidrio, el balde se arrastra sobre el piso de mosaicos, el agua corre eterna.

Insidiosamente, ruido a ruido, la imagen de Eulalia invade a Clara, gana terreno a los jíbaros de tambores tan remotos.

Ni yo mismo sé en qué momento Clara se pone a pensar

en Eulalia que juega, en Eulalia sonora hasta en el sueño,

que sueña ahora en voz alta, cantando con su conjunto de instrumentos vítreos, hídricos, metálicos.

Yo, impotente, oigo a Clara pensar

Imagina a una Eulalia que chapotea entre crestas de espuma jabonosa, pensando en sus cartas de Altotonga, Veracruz, y en el abonero de bigotes que ya no le cobra lo que aún le debe por el vestido rosado...

sueña y juega, se mira en el espejo empañado por el vapor del agua caliente, con un repentino traje de novia hecho de fab y un ramo de cepillos de dientes.

Clara piensa en la novia del cuarto de baño, que arroja ahora una gillette usada al W. C., repentina fuente de Trevi, y pide un deseo...

¡CRASH!

Casi me caigo de la rosa Clara pega un brinco.
granate al tiempo que

Eulalia ha estrellado con-
tra el suelo un frasco de
vidrio con un ruido como
de 90 decibeles.

Vamos de mal en peor, como debe ser. Clara se encuentra a años luz de la Amazonia. ¿Cómo se me ha ocurrido en estas circunstancias molestar a Clara con la palabra *decibeles*? Porque esta vez Clara sí se molesta: captó a medias mi mensaje y no puede recordar el nombre de esa unidad aunque lo tiene en la punta de la lengua, en esa trampa en que se atorán las palabras propias de las lenguas humanas. *Decibeles* cayó en ella y le causa tanto malestar como una espinita de anchoa. Qué mañana tan atroz, ¿verdad? Parecería que no fuéramos a empezar nunca. Pero Clara debe aprender a jugar bien, es decir en las peores condiciones.

“Me siento mal en esta casa viva. Necesito una sesión con Arturo. Pero sólo veo a Arturo por las noches... Desde su trampa, las palabras tienden trampas y uno dice cosas idiotas, como ‘los arbotantes de Jung’ y ‘los arquetipos de Chartres’... ¿Se mide el rui-

do en *Cibeles*?”... Clara consulta el diccionario: “Hija del Cielo y la Tierra, esposa de Saturno, madre de Júpiter...” La dejo sentirse tonta medio minuto y le soplo luego la palabra correcta.

“¡Decibeles!”, piensa Clara. “Seguramente se estrelló el pomo azul de la abuela. Y eso no tiene remedio. ¿Y las termitas? Tendrán que esperar a que me recobre. Que sigan horadando, tragándose la cabaña de quebracho en el umbral del silencio, más discretas que mi corazón —que cuanto más alza la voz a quince decibeles. No oigo ya a las termitas, como tampoco oiré mi corazón hasta encontrarme a solas con Arturo...”

¡Basta de Arturo! Con el ruido que hizo el pomo de tu abuela, siento que soy tu corazón y estoy bombeando dos veces más sangre de lo normal. Y eso que no llegan todavía tus hijos de la escuela para manifestarse por lo menos a 95 decibeles —¡estoy ya harto de esta palabra!—... como los perros cuando ladran. Ahora o nunca: ¡Regresa al bajo Napo, Clara!

(12 p. m.)

Clara se levanta y me sorprende: está tomando medidas defensivas por si la casa viva vuelve a atacar. Se pone un casco. Su casco es General Electric, de plástico flexible, y está unido a un ventilador por un tubo articulado en anillos de lombriz. Combatirá el mal con el mal: el ruido del secador actuará como vacuna

del ruido contra el ruido. Yo me instalo sobre el casco bien inflado para sentir su suave calor. ¡Y a recuperar la aceleración perdida!

El hombre sigue bajo el mismo árbol, en “carrera estática”, y Clara se pone a correr con él hasta que la voz del hombre cubre el zumbido del secador, que cubre a su vez las voces de la casa viva. Yo oigo a Clara pensar con el corredor de Malintzin: “Yo sé que ahora, en las selvas del Este ecuatoriano, cerca del bajo Napo, las termitas han minado hasta un punto insostenible esa cabaña abandonada en la que vivía, hace diez años, mi tío... —sobre la marcha, Clara ha tenido una de esas ideas que se le ocurren, precisamente, al borde de la tragedia, ¿no les dije?— ... mi tío Anacleto Cahuich, el célebre entomólogo yucateco cuya cabeza cónica, deformada según los más ortodoxos procedimientos mayas por capricho de un abuelo ultraseparatista, era respetada por los jíbaros cefalorreductores, no sólo por imponente, sino porque se habían convertido por el momento en cazadores de mariposas a las órdenes de aquel sabio con la esperanza de que les transmitiera la receta prehispánica que habría permitido canalizar las tendencias estéticas de la tribu hacia nuevos *arreglos* de cabezas, inocuos para el cabeza-teniente”.

Clara imagina ahora la cabaña de quebracho que el entomólogo construyó con ayuda de los jíbaros y defendió celosamente contra un eventual ataque de

termitas, ya que guardaba en ella una irrepetible colección de lepidópteros que jamás habría abandonado de no haber sido porque... Clara piensa, una vez más, con el hombre que corre; piensa en los escritos que dejó para explicar su propia muerte en caso de que no llegue a, antes de que las termitas...: “Mi tío tuvo que huir del bajo Napo cuando la hija del jefe jíbaro exigió a su padre una tzanza cónica, oh maravilla, para su colección particular”.

Clara tendrá que hablar del terror con que el sabio emprendió la fuga, del drama de abandonar a sus mariposas, de la melancolía galopante que lo llevó a la tumba en Mérida, de la frase que repetía entre estertores mientras su hermana, su cuñado y su joven sobrino (el hombre) lloraban en derredor: “Antes de que las termitas... Antes de que las termitas...” Clara no sabe todavía qué cosa inventará el hombre, qué cosa deberá ocurrir antes de que las termitas... Pero no importa. ¿Acaso se escribe un cuento sabiendo de antemano cómo va a terminar?

Esgrime la Esterbrook cargada de tinta negra, y se dispone a rasgar con ella el papel, cuando se interrumpe la corriente. ¡Oh, los apagones del D. F.! Callan juntos el General Electric y la voz que contaba el cuento; grita la casa viva, se le mete por los oídos y le sale hecha lágrimas por los ojos. El casco de plástico se desinfló, de modo que yo regreso a la rosa granate.

“Hoja en Blanco —piensa Clara con H y B mayúscu-

las—, no es cierto que defiendas tu blancura: eso dirá Mallarmé porque tuvo sin duda un cuarto propio. Aquí, Hoja, sobran quienes la defienden: Eulalia, la casa viva... Pero ya verás cuando nos encontremos a solas. ¿A solas? ¿Existe acaso algo llamado soledad?"

(1 p. m.)

"En mis noches con Arturo, creí en la soledad.

"Todo empezó cuando me puse a pensar, Arturo, en que cien ojos, veinte cámaras, siete telescopios te miraban.

"En que todos miraban algo, inalcanzable, que se llama Arturo y se encuentra a treinta y seis años luz de la Tierra, en un extremo de la constelación del Boyero, apuntando hacia la Cabellera de Berenice.

"Algo ciento diez veces tan brillante como el Sol, aunque en la retina del hombre no fulgure más que la piedra falsa de un anillo barato.

"Una estrella K, color naranja —blanquecina para nuestros lejanos ojos como una gota de leche.

"Y en ojos, cámaras, telescopios, toda una constelación de Arturos.

"Tantos Arturos como retinas, placas de piel sensible, combadas lentes.

"Tantos sucesos separados como telescopios, cámaras, ojos; aparatos alerta, tal vez cómplices porque en ellos ocurre la misma estrella, o algo parecido a tal estrella.

"Pero una estrella gigante, roja, ardiente, lejana, ¿se parece acaso a este punto más que cercano, a este huésped fantasma de mi ojo, punto blanco y frío?

"¿Y se parece mi estrella a la de otros ojos que la miran?

"¿Se comparte una estrella o la asumimos, otros y yo, en soledades paralelas?

"Cuando pienso en ti, mi estrella, recogida yo en mí misma, hecha un ovillo pensante, toda yo intención, conquistó una soledad llamada Arturo.

"Se produce una pausa en el infierno de corcheas, semicorcheas, fusas, semifusas.

"Yo soy un silencio de blanca coronado por un calderón..."

*

Yo escucho a Clara emocionado, porque los A-2, los A-1 y todos los otros A, venimos de Arturo como la inicial de nuestros nombres lo indica.

Cuando pienses así, como en Arturo, en cualquier otra cosa, ya no te molestará la casa viva, Clara. Acabas de construir tu primera torre de marfil.

Sobre la hoja en blanco, con el nombre de Arturo en el ángulo superior izquierdo, empiezan a nacer los primeros signos. "Difícil conquista de", escribe Clara; luego rodea el nombre de Arturo con un círculo de tinta y queda completo el título del primer cuento:

ARTURO

DIFÍCIL CONQUISTA DE

Los demás personajes serán una mujer (Clara), un hombre (su interlocutor), la Esterbrook cargada con tinta negra, la casa viva. Y yo, tan importante en todo esto, me veré remplazado por ese hombre: Clara atribuirá a su interlocutor más amado mi maravillosa capacidad de "molestar". Tendré que conformarme con hacer acto de presencia en el leve temblor de una rosa granate, que oscila mientras la pluma avanza sobre el papel.

FIESTA

(Monólogo de una niña en la guerra)

AHORA LAS CASAS SE INCENDIAN, las casas se desmoronan. Todavía quedan algunas. No la nuestra. Pero son mejores los agujeros. En las aceras los hombres cavaron agujeros en fila, todos con una tapa redonda de cemento. Apenas cabe en cada uno de ellos una persona o una persona y media. Así dice mi madre, y la media persona soy yo. Cuando los otros vienen con sus aviones, y todos gritan aquí, y los niños gritan y lloran, corro a meterme en mi agujero, yo también gritando que no me quemen como a esa niñita de la que me habló, llorando, mi madre.

Todos los días tengo miedo, y sólo a ratos se me olvida, cuando tengo más hambre que miedo, más frío o más sueño que miedo. Y parece que vamos a morir de miedo cuando caen las bombas. Y parece que vamos a morir todos los días. Y cuando le pregunto a mi madre si siempre va a ser así, dice que *antes* era distinto.

Yo sé que antes era distinto, pero hago como que no sé, como que no me acuerdo, para que ella me cuente cosas. Y mi madre sabe que hago siempre lo mismo,

que es como un juego. Y habla de *antes*, y me olvido de *ahora* un rato, como cuando tengo sed, o hambre, y no pienso en otra cosa.

Y luego le pregunto si siempre será como ahora, y ella dice que no sabe, que los hombres aseguran que después será distinto. Pero *después* no llega nunca.

*

Esta noche nuestro agujero parece un poco menos frío. Los hombres, que salen de sus pozos para vigilar el cielo, y que ya nos conocen, nos dijeron que ya no habría aviones, que esta noche es noche de fiesta, aunque no pasa nada, pero nada de lo que yo esperaba. Porque un día, un día de *antes*, mi madre me enseñó la palabra fiesta y era más bonita que todo lo que conozco. Era algo lleno de luz y de cosas nuevas, con olores que ya no me sé, que no recuerdo, y vestidos nuevos y comida caliente de todos los colores y gente abrazada que bailaba porque oía música, y luces, luces, y ruidos que no asustan.

Yo me sé pedazos de canciones. Se me olvidan sus letras, pero en las partes olvidadas hago tra-la-lá, tra-la-lá, y lleno con mis pedazos de canciones la palabra *fiesta*. Claro que ésta es una fiesta diferente, porque no hay luces ni ruidos. Pero tampoco se parece a todos-los-días. Todos-los-días no hay silencio. Además, mi madre me ha prometido que podría pasárme-

la sin miedo hasta el alba. Voy a poder jugar, voy a poder pensar en *antes*. Pensar en *después* es muy difícil, porque todavía soy muy chica y no entiendo bien qué quieren decir los grandes cuando hablan de *después*. Pero me gusta mucho verlos cuando ponen cara de *después*.

Voy a jugar con mis manos, porque no hay mucho lugar para juegos en el agujero. Me gustaría jugar a las palabras que empiezan con *a*, o que empiezan con *eme*. Pero creo que mi madre no quiere hablar conmigo. Duérmeme, me ha dicho, y ya no quiere hablar. Se ha quedado mirando el cielo por nuestro agujero. Todavía no le ponen la tapa... Creo que hay fogatas allá arriba. Y esta noche, es cierto, no se oye que pase ningún, pero ningún avión. Y ahora mi madre dice: "No te muevas de aquí, ¿entiendes?... Voy a ir un rato allá arriba a ver cómo están las cosas". Y bueno, tendré que jugar sola.

Voy a jugar con los ojos cerrados a que ahora tenía una pelota, y la arrojaba al cielo, y la atrapaba luego en mi falda, y era como *antes*, cuando la escuela donde estudiaba mi hermano el que murió tenía techo y paredes y un patio donde las pelotas rebotaban que daba gusto.

Ojalá que *después* sea igual de maravilloso, cuando todos salgamos de los agujeros y plantemos flores en la tierra, que ahora está toda quemada, como los brazos de una niña amiga a la que nunca volví a ver, pero de la que tanto hablan todavía. Bueno, los míos se

quemaron tantito un día... y ya están mejor, con todo y sus manchas feas, y hoy ni me duelen porque juego. Ese día, ¡uf!, también se quemó mi muñeca; pero de ella no quedó nada, porque era de trapo. ¡Qué bueno que yo no era de trapo!... Y que la niña cogía a su muñeca, y que la arrullaba, y ahora la muñeca se dormía con los ojos bien abiertos, porque eran ojos pintados sobre el trapo. Pero cuando cumpla diez años me van a regalar una que cierre y abra los ojos...

¡Qué silencio!... Hace mucho que no oía tanto silencio. ¡Qué cielo tan bueno!... Cuando alzo los ojos hasta *este* cielo, sólo los roza el aire. ¡Y puedo buscar allá arriba a la estrella más grande del silencio!... Y puedo verla, porque esta noche *el fuego* no tapa a las estrellas.

Y ahora... ¡que le pido permiso a mi madre para salir del agujero un ratito y jugar allá arriba en un sitio más grande del silencio!... Y ella me dice que me duerma, porque *los otros* nos dejarán en paz toda la noche... Porque *los otros* están de fiesta, una fiesta que para ellos es la más grande del año y en la que deben ser buenos y no echar bombas de fuego, o no hay regalos para ellos.

Yo no me acuerdo de fiestas con regalos porque eso era *antes*, hace mucho tiempo. Tuvo suerte mi hermano de vivir *antes* casi toda la vida, y apenas un pedacito de ahora, chiquito, chiquito. Él creció mucho: yo le llegaba a los codos. Y él sabía cosas y cosas y me contó

algunas. Ahora ya no puedo preguntarle qué es "tregua" ni qué es "navideña". Y no entendí bien lo que me dijo de eso nuestra madre...

*

No tengo ya muñeca, pero tengo esta almohadita, que va a jugar conmigo a que ella es una muñeca... una muñeca gorda. Y que la niña cogía a su muñeca, y la asomaba al borde del agujero, y le decía que fuera a dar una vueltecita y le contara luego cómo era la *fiesta*. Pero la muñeca gorda no veía nada, porque no había luces ni fogatas. Hacía mucho frío y los hombres se la pasaban diciendo que si hacían una fogata, que si no la hacían, que si la fiesta de *los otros* era *deaveras* o era de mentira, y al final dijeron que mejor no encendían fogatas... Y la niña se sabía de memoria lo que iba a decirle su muñeca, porque los hombres hablan siempre de lo mismo: que hay que aguantar, que han aguantado siempre; que *antes* eran otros *los otros* y ellos se aguantaron; y que a fuerza de aguantarse *después* será distinto. Pero yo voy a jugar a *antes*, porque no sé muy bien cómo será *después*... Y la muñequita gorda estaba cansada, ¡y se durmió!

Voy a jugar a que la niña tenía una casa con todas las ventanas y todas las puertas abiertas. Y este juego me lo sé muy bien porque mi madre me lo enseñó

muchas veces hasta que se cansó, lástima, de jugarlo conmigo.

Bueno... Entonces soplabla el viento. Y el viento se colaba en la casa por las puertas y las ventanas, y no olía a quemado, y la niña podía respirar muy hondo y, como dice mi madre, “ponerse a crecer”. Y venía una golondrina, y era primavera, y la golondrina está contenta: la oigo, la oigo, hace *quivit quivit* porque ya encontró en el tejado su viga del año anterior, y no está ni rota ni quemada, y entonces la golondrina remendaba su nido de la otra primavera y ponía cinco huevecillos delicados... Y entonces... ¡pues que una tarde llega el cartero! ¿Y qué trae el cartero?... ¡Pues cartas, muñeca! Y una es de la abuela que vive lejos y dice mi madre que a lo mejor está viva. Y la madre le leía la carta a la niña, que todavía no sabía leer, como su hermano. Pero... ¿y si la niña sí sabía leer, porque esto es un juego? ¿No?...

¡Que sí, que sí!... Y entonces la niña tiene una mesa de madera, de una madera con nombre de árbol, y está peinada con la mitad de los cabellos sobre un hombro y la otra mitad sobre el otro, y cada mitad está atada con una cinta, y la niña huele a jabón porque se lavó las manos. Y que saca un cuaderno la niña, blanco con renglones azules. Y que escribe y escribe y escribe...

La niña escribe números y letras. Y todos los días tienen nombres diferentes. Y la niña dice: es martes y

hay que llevar muchos deberes bien hechos a la escuela, y después es miércoles, y jueves, y viernes, y sábado, y domingo... No como ahora, que nada más es de día y de noche, y la casa de *antes* está toda rota, y hay que vivir en un agujero de... de... de cemento, dicen.

Cuando la casa no estaba rota, muñeca, era de tarde y hacía calor... ¡Y que acaba pronto sus deberes la niña, y que sube a los árboles porque empieza el verano y hay mucha fruta madura!... Y la niña comía tanta fruta que a veces le dolía la barriga y su madre se enojaba.

*

Esta noche me muero de risa porque me dolía la barriga de tanto tragar fruta. Porque es formidable todo lo que pasaba *antes*.

Voy a jugar a que mi muñeca no se quemó nunca; a que estás aquí, muñequita, y a que no tienes miedo, o que tienes miedo de puras cosas que no existen. Yo lo sé porque soy tu mamá. Tienes miedo de los animales que de noche salen del bosque y se acercan a las ventanas, y de las hechiceras y los fantasmas. Las madres decían *antes* a los niños: no, tontito, ¡no tengas miedo de esos cuentos! No te va a pasar nunca nada malo porque yo te cuido.

Entonces, vamos a jugar a tener miedo de las cosas de *antes*, muñeca, y a que tu “mamá” puede cuidarte.

Y entonces la niña —tú eres la niña, muñeca—... la niña decía: no me voy a morir nunca, o casi nunca, porque eso sólo les pasa a los viejos y tú y yo tenemos mucho tiempo para no morir. El lunes, el martes, el miércoles, y así hasta el domingo, y otras vez el lunes y el martes, y así todos los meses... ¡Falta tanto!... Tendrás que aprender a contar hasta mil...

*

Esta “fiesta” me está dando sueño. ¡Mamáaa!... ¡Mamáaa!... ¡Pero si está aquí mi mamá!... Mira: hecha rosca... dormida... ¿A qué horas bajó? Voy a hablar quedito. Se hace la dormida, porque aunque yo no hago ruido sabe que estoy despierta. ¡Ah, qué frío tengo!... Los hombres no han tapado nuestro agujero. Voy a arrimarme a mi madre... ¿Pero qué dicen allá arriba?... ¿Qué quiere decir *los americanos*?... ¿Qué quiere decir *tregua*... *tregua navideña*?... ¿Y por qué dicen que va a acabar pronto la fiesta, que va a acabar la fiesta al alba?

SIMPATÍA

Relación entre dos órganos simétricos que hace que, cuando uno padece una dolencia, la experimente el otro también.

(SIMPATÍA, 1ª acepción, *Pequeño Larousse Ilustrado*, 1967)

LA PRIMERA VEZ que el joven se acercó a Sara en la calle, sólo le preguntó la hora. Ella afianzó contra su cuerpo los libros que cargaba en el brazo derecho y estiró el izquierdo lo justo para que el suéter se arregara y asomase el reloj pulsera. “Las 5 y 12”, dijo. Y el otro no respondió gracias, sino “¡Eso es!”, con una sonrisa que Sara no pudo menos de devolver; después siguió de largo en la misma dirección que la muchacha y ella pudo observar —hasta apretó un poco el paso para hacerlo— que él caminaba *sin pisar raya* por las grandes losas grises de la acera, pero *pisando tierra* cada vez que aparecía, en su cantero, un árbol del lado de la calle.

Tánto la distrajo contemplar este ejercicio que más tarde, en su casa, no pudo recordar ni el rostro del joven ni cómo iba vestido. “¡Qué loca soy!”, pensó.

“Lo seguí como dos cuadras... ¿Se habrá dado cuenta de que lo seguí?” Al final de esas dos cuadras, ella se detuvo a tomar el tranvía mientras él desaparecía gente adentro.

*

Era un tranvía anaranjado, con ojos brillantes y “bigotes negros” que cubrían la boca traga-cuadras. Sara ocupó un asiento junto a la ventanilla y del lado de las casas, que se sabía de memoria. Algunas, escogidas por la muchacha, marcaban escalas en el camino y así, según ella, lo acortaban: la de las glicinas, desdibujada y láctea tras la reja —vestida ahora que era primavera de racimos lila—; la de las brujas, de ladrillos colorados y torrecitas puntiagudas con su tocado de pizarras; la del cuervo “Nevermore”, con la siniestra escultura de este personaje en un nicho que presidía la entrada; la del llamador de bronce en forma de mano femenina que sostenía, juntando los dedos hacia abajo, esa pequeña esfera que una mujer frotaba día y noche con un trapito impregnado en Brasso... Delante de cada una, Sara consultaba su reloj pulsera: las 5 y 20, las 5 y 23, las 5 y 27... “¡Eso es”, exclamó en voz alta al leer la hora frente a la casa del cuervo. Y advirtió en seguida que dos o tres cabezas se volvían hacia ella interrogantes. “¿Qué acabo de decir?”, pensó. Y le dio vergüenza. Abrió un texto de filosofía y trató de leer algunas líneas, por lo menos mien-

tras los demás pasajeros la olvidaban; pero se mareaba al leer a bordo de los vehículos en marcha. Cerró el libro y recorrió con la mirada el interior del tranvía.

Entonces le pasó algo semejante a lo que sucede a cualquiera cuando está pensando en realidad en una sola cosa que lo distrae de todo el resto. La mujer encinta descubre a otra en su misma condición casi casi cada dos cuadras y piensa: “Nunca había visto a tantas *esperando*” —y en efecto, nunca antes las había visto. El chico que cubre con un cosmético del color de su piel sus granos de adolescente, ve surgir a toda una generación de contemporáneos imberbes que llevan en el rostro sospechosas cascaritas color carne. Te lastimas un tobillo, y proliferan los cojos. Compraste un par de zapatos que rechinan, y un rechinado de zapatos te aguarda en cada esquina, en cada oficina, en cada comercio.

Sara se fijó de pronto en la mano que su compañero de asiento apoyaba en la rodilla: era una mano anónima, sin anillos ni cicatrices, pero el dedo índice se movía como con vida propia marcando los chacachá, chacachá del tren sobre la vía. A intervalos diferentes pero también regulares, el gordo azul marino de adelante, que miraba hacia afuera por la ventanilla, subía y bajaba los hombros en forma casi imperceptible. Pues bien, Sara no tardó demasiado en descubrir que aquello coincidía con la presencia, en la acera, de

altos faroles callejeros, y que el gordo los iba saltando sin duda en pensamiento, es decir, sin rozarlos ni con la punta de los pies pese a su considerable volumen.

Parecía en cambio mucho más difícil averiguar por qué dilatava las aletas de la nariz, sin orden aparente, la mujer vestida de amarillo que oscilaba en el corredor colgada del techo. Pero a estas alturas Sara había afinado a tal grado su recién nacido detector (su *simpatía*, o acto de sentir igual que otro), que el mecanismo acabó por parecerle *elemental-mi-querido-Watson*: la mujer reaccionaba cada vez que el foquito cenital palidecía, cada cuatro (o seis) chacachás del tranvía. Y Sara se puso a tragar saliva en contrapunto con aquel silencioso tema. Entonces se dio cuenta de que todo aquello era muy parecido a caminar *sin pisar raya*, o sea la unión entre una y otra, sobre las losas de una acera.

*

Al día siguiente puso a tiempo su reloj con “la estación de la hora exacta”, se rizó las puntas de los cabellos y se pintó ligeramente los labios. “Ahora, si lo veo, me fijo de veras en él”, se decía. “¿Qué es eso de pensar en alguien sin rostro?”

Escapó de clase poco antes de la hora de salida y decidió esperar al joven de la víspera frente a la mercería El Nardo —zona del primer encuentro—. En la parte superior del escaparate un reflejo de nubes blan-

cas se mezclaba con los ovillos multicolores de estambre para tejer; había temblorosas ramas de hojas verdes... con “brotes” de inmóviles botones de pasta y de concha nácar; y reflejadas en la vidriera de la mercería, las cabezas de los transeúntes se llenaban de encajes, rozaban sin peligro tijeras o agujas de crochet, llenaban los espejos con un filme de cortometraje... Pero no había de ser larga la espera.

Sara volvió de pronto la cabeza, como a sabiendas de que sí eran las 5 y 12. Y se lo dijo al muchacho. “¡Eso es!”, respondió él. Y ambos sonrieron.

—¿Tiene usted tres, cinco minutos libres? —añadió.

—¡Hasta siete! —respondió Sara. Y durante el medio minuto primero se dijo: ¿Le preguntaré cómo se llama? Eso ayudaría a tener de él una imagen más sólida. Pero mejor lo hago al rato. Es atrevido pero tímido, pensó, y quedaron fotografiados aquellos ojos, el izquierdo con un puntito de oro.

—¡Qué bien! —dijo él como si la hubiera oído pensar—... Es usted toda una persona, señorita. No se ría de mí porque... la verdad es que no hay muchas personas. La mayoría se vuelven *nadie* cuando uno les pregunta la hora, por ejemplo. Y *nadie* encoge el brazo para ocultar su reloj, porque *nadie* tiene a veces una propiedad-privada-pulsera. ¿Comprende?

Ella comprendía perfectamente. Es solemne pero alegre, se dijo. Tiene los dientes separados como dientes de leche. Y cejas que suben y bajan mientras

habla... Lo mismo que su nuez, que asoma tantito, intermitentemente, por el cuello de su camisa. Y el joven continuó:

—Y eso que le decía sucede cuando uno pregunta tan sólo por la hora. ¿Qué tal si yo le preguntara a usted... cosas más íntimas?

—¿Como qué? —dijo Sara pensando que el timbre de su voz era íntimo, como si llegara por teléfono, y que le faltaba un botón, lo cual la llenaba de ternura, al saco de su traje gris.

—Por ejemplo —respondió él—, si tiene usted despertador.

—Pensaría —respondió ella— que está recogiendo datos para una estadística... —pero al mismo tiempo sonreía y se decía: “Fotografiada su nariz; fotografiada su frente; fotografiadas sus orejas...” Por los ojos de ella, por supuesto.

—¿Sabe qué pensaría *nadie* si le preguntara yo lo del despertador? —siguió él. E hizo una pausa como para afinar la complicidad naciente.

Se hace el interesante, se dijo ella, como yo el otro día cuando le hablé de *Wittgenstein y la perplejidad* a mi profesor de psicología.

—Pensaría —siguió él—... éste no trae con qué apuntar, ni lápiz ni forma impresa, y ni siquiera se ha llevado la mano al bolsillo para sacar una credencial, por ejemplo. No es gente seria: no trae por-ta-fo-lio; anda con las manos colgando y vacías... Quiere me-

terse en mi vida privada. Tal vez me conoce algún secreto y es un chantajista en cierne... ¡Ni siquiera trae reloj!

—Yo no tengo secretos que ocultar —dijo Sara—, pero sí tengo un despertador, un Baby Ben de West-clock.

—¿Con números fosforescentes?

—No...

—¡Qué bien! Ésos vigilan en la oscuridad y suenan *antes*.

—¿Antes de qué? —preguntó Sara. Pero el muchacho la había tomado por la muñeca para ver la hora.

—Como usted ha podido comprobar, señorita, me gusta la puntualidad. Ya consumí su tiempo libre: son las cinco 5 y 19. ¿La veré mañana?

—¡Claro que sí! Ah... me llamo Sara...

—Y yo Miguel.

¡Por fin un nombre para todo aquello!, se dijo ella.

*

Un apretón de manos, y Sara corrió sin volverse hasta la parada del tranvía. Daba la espalda al Miguel-real para dedicarse a repasar a fondo a su recién aprendido Miguel-imagen.

Al pasar frente a la casa de las glicinas, cerró los ojos: y sí, veía aún el puntito de oro del ojo izquierdo

del joven, como se ve el filamento de un foco que se ha mirado largamente. Después se armó el resto del rompecabezas. Sara abrió los ojos satisfecha, pero no tardó en fruncir el entrecejo: ¿qué le había dicho Miguel de despertadores? Imposible recordar una palabra. “Sin embargo”, se dijo, “sé que le respondí”. Pero es difícil aprender, aprehender un rostro y escuchar al mismo tiempo lo que sus labios dicen. Además, un rostro nuevo suele escapar a la memoria aunque uno piense más en él que en cualquier otra cosa. A veces, a fuerza de ser pensado, un rostro nuevo se olvida. ¿Puede durar veinticuatro horas un rostro de siete minutos? ¿Puede durar toda una vida? “Ningún rostro, en realidad, dura”, pensó Sara. Ya se lo había explicado su madre: “Si hoy me tomara una fotografía, y el mes que entra otra, y otra nueva cada mes durante diez años, y formara con ellas una larga fila en orden cronológico, la primera sería igual a la segunda, y ésta a la que sigue, etc. Cualquiera de esas imágenes sería igual a la de su izquierda o a la de su derecha. Pero si yo mirara la primera y pasara luego a la última... ¿Cómo envejecí!, diría entonces”.

“*Su* rostro, eso espero, durará hasta mañana a las 5 y 12”, pensó Sara.

*

Esa noche se sintió muy segura. “¿Segura de qué?”, se decía sin embargo. “No sé, ¡pero mucho muy segura!”

Le parecía haber iniciado con éxito uno de esos planes a largo plazo que siempre se ponen en marcha un lunes, o un primero de mes, o un primero de año: gimnasia diaria, dieta sin exceso de carbohidratos y grasas, chicle en vez de cigarrillo. Aunque los planes de esta muchacha delgada y sin más vicio que el de chupar naranjas hasta agrietarse los labios, eran de otra índole: poner en orden su ropero, aprender a hacer un huevo estrellado, visitar más seguido a su única tía, pasar en limpio los apuntes tomados en clase. ¿De qué diablos se sentía tan segura?

“No me cuentes que *ya*. Ni siquiera te dijo su apellido.” “Ni yo le dije el mío” (estaba segura de que eso no tenía ninguna importancia). “Ni has perdido el hambre, ni has dejado inconclusa la disertación sobre Spinoza, ni sientes que te vas a morir si no lo ves mañana” (estaba segura de que lo vería mañana). “¿Morirme?... ¡Pero si tengo ganas de saltar a la cuerda, de despeinar a mamá aunque me crea loca...” “¿Entonces nada de lo que siempre te habías prometido?”

Sara estaba segura de no tener ojeras, de no sentirse hética-patética-poética, de no estar de mal humor, ni con ganas de patear al gato, o de comer tallos de apio tres días y tres noches, o de... (bueno, esto último es muy de ella) ... de repartir, espléndida, su dinero de la semana entre los chiquillos del mercado para que le cargaran una anémona y una sola hasta su casa...

Aquí Sara se detuvo sofocada porque, mientras pensaba y pensaba, había saltado en su cuarto cayendo alternadamente sobre el pie izquierdo y el derecho, del piso de parqué a la alfombra y viceversa. Al parecer estaba segura de que *él*, en ese mismo instante, estaba practicando alguno de esos maravillosamente-idiotas-ejercicios en su rincón de la ciudad, certidumbre que cualquier signo podía reafirmar (“creo que si bajara al jardín hallaría un trébol de cuatro hojas o una paloma blanca volando a mi diestra”, se dijo Sara) y, entre todos los signos, su radiante despertar de la mañana siguiente —se duerme tan bien después de brincar—, justo a tiempo para oprimir el botón de la alarma *antes* de que sonara el despertador, y recordar cada palabra de Miguel, y descubrir: “Mi reloj no es de los que vigilan con ojos fosforescentes, ni tampoco de los que *suenan antes*”.

*

El rostro de Miguel seguía intacto, era a prueba de sueños.

Esa tarde Sara acudió al encuentro corriendo, y guiada por aquel rostro. Imaginen cómo va marchando precedida por una figura tenue —tal vez en punteado, como aquel con que se dibujan las aristas no visibles de un paralelepípedo en una perspectiva didáctica—... y acercándose a Miguel, llegando por fin

para comprobar con júbilo que los dos rostros, el virtual y el verdadero, se superponen sin dificultad aunque el del Miguel real fuera un día más viejo.

—Mi reloj no es de los que vigilan con ojos fosforescentes; ni tampoco de los que suenan *antes* —le dijo sin prólogo. Y se echaron a andar por las calles.

*

Hablaron de relojes de bolsillo con cadenas de oro y tal vez dibujitos de esmalte, lo cual los condujo de los abuelos que los usaban a largas crónicas de familia, a galerías de retratos desempolvados —porque ellos los armaban en la luz límpida de la tarde, una luz que se quebraba a veces en el punto de oro del ojo izquierdo de algún antepasado de Miguel. Surgieron después los relojes vivos, los que en aquel mismo instante hacían tic-tac en torno a muñecas contemporáneas que también hacían tic-tac (aunque no se oyera) porque Sara y Miguel se presentaron a padres, hermanos, tíos, todos ellos reloj-tenientes con modelos (y ambos daban aquí cuerda a su imaginación y reían) ... de más o menos joyas, prominentes o extraplanos, con correas de cuero, o acero inoxidable, o cinta negra de *gros-grain*; de despertadores, de modelos de pared o de mesa, silenciosos o de alarmas estridentes o de sordas campanadas, y hasta de esos que cantan, cada cuarto de hora, do-la-si-mi, etcétera, etcétera.

Y no faltó el reloj colgado tán alto, tán alto, que sólo podía pertenecer a la primera infancia. En la versión de Sara, aquél era un chalet suizo, de madera oscura. En la de Miguel tenía hojas de viña y tallos retorcidos. Pero de ambos relojes colgaban sendas cadenas con pesas en forma de piña de conífero, y de ambos salía el pájaro cucú a burlarse —a contar ahora cuentos paralelos para que los jóvenes intercambiaran los secretos de sus edades y de sus infancias.

Y de reloj en reloj, eran viejos conocidos cuando terminó aquel, su primer paseo.

“MON DIEU”, CARNAP, QUESO Y CIRUELAS

SE APAGA LA LUZ, y me vuelvo católica. Tal vez abuso del término, ¿pero quién es ortodoxo? ¿Mi tía, que vive rosario en mano, pero se duerme en su silla cada vez que reza? ¿Aquel cardenal Spellman que abogaba por un castigo divino en forma de bombas? ¿O acaso Juana?... sólo porque vive en un cuarto tapizado de estampitas —de a tres por un peso en la papelería del viejo Mati— y con el pecho acorazado de escapularios de tela marrón prendidos a cordones relucientes de grasa, “nada católicos”, como decía mi madre de mis orejas y cuello de colegiala. Juana se enojó cuando le dije que por lo menos quitara la herradura suspendida a un clavo sobre su cama, o que es inútil que ponga cabeza abajo el retrato de su marido, que a estas alturas tiene ya tres hijos con “la otra”.

¡Pero miren quién habla!, podría decirme alguien. En los velorios me porto casi como tía; a veces, casi como aquel cardenal cuando deseo a alguien: “quiera *mon Dieu* que mal rayo te parta” —aunque son bastante reducidos los poderes del rayo—; y cuando se apaga la luz, me porto casi como Juana. Ella ha de santiguarse en su cuarto, como lo hace cuando atra-

viesa de noche el jardín porque llamaron a la puerta de calle; y yo, en mi habitación, no digo que me persigne porque es demasiado aparatoso, pero cruzo el pulgar sobre el índice y me quedo mirando la oscuridad hasta que se disuelven los monstruos y la luz que debe colarse por la rendija de la puerta —siempre dejo una lámpara encendida en el cuarto de al lado— se abre por fin camino y se funde con las tinieblas y logra una penumbra doméstica en la que ya identifico sin dificultad la mecedora Thonet, la silla donde otra vez *no* doblé cuidadosamente mi ropa, un zapato a dos metros, otro a cinco metros de mi cama.

Durante todo ese tiempo, preludio al sueño, o a ciertos juegos, no estoy acostada del todo. Mi cabeza, en el almohadón de terciopelo café sobre el cual se ve mi cabello rojizo —claro que no ahora en la oscuridad—, todavía vigila, un “piso” más alta que la almohada fresca y el sueño. Él duerme a mi lado. Espero unos minutos para sacar mi mano, la que no tiene los dedos en cruz, de entre sus manos, y mi pie de entre sus piernas —porque, si no, amanezco torcida. Esto pasa cuando nada pasa, porque cuando pasa algo no necesito *dos pisos hacia el sueño*, ni le tengo miedo a la oscuridad, y hasta atravieso la casa deshabitada para ir a la cocina por un pedazo de queso y unas ciruelas pasas porque me da hambre, nos da hambre. Y volvemos a dormirnos sin lavarnos los dientes. Y nunca se me ocurre agradecer entonces mi felicidad a *mon*

Dieu (a quien siempre me dirijo en francés porque resulta más secreto), ya que no le hablo de cosas tan íntimas.

*

Pero estaba en el primer piso y Él dormido a mi lado. Yo católica, ya verán.

Pues bien, en el viaje hacia el otro piso, en realidad la planta baja, tengo siempre la sensación de algo excepcional: una felicidad o una tristeza intensas que asumo a fondo hasta extenuarme como si hiciera gimnasia, que sostengo hasta que estoy a punto para arrojar al espacio el almohadón de terciopelo café y dormirme *ipso facto*, a veces antes de que caiga a la alfombra.

Imagínenme ahora en cualquiera de los dos casos; en un lunes perfecto, digamos, o en un miércoles lamentable.

Empiezo por el lunes (poética). “Todo esto es demasiado bello para ser cierto” (conste que dije poética, no original). “¿Cómo le hacemos para renovar así nuestro asombro y nuestra malicia, para jugar a los desconocidos que tienen tanto que decirse con este tiempo que no alcanza? ¡Vivan nuestras antenas intactas, nuestro walkie-talkie privado e impermeable a la estática atronadora del mundo! Estamos acurrucados en un agujero en Dios, en un paraje prenatal y algodonoso. No puede acecharnos ningún peligro.

No te me desmorones, *mon Dieu* acogedor: voy a apuntalarte con unas oraciones.”

Sigo ahora con el miércoles (prosaica). “¿Qué sentido tiene este darle a la sin hueso, este gastar saliva sin ton ni son para descubrir, al cabo de años, que somos dos desconocidos, que con tanto tiempo disponible no nos hemos dicho nada que aclare nada de nada? Me retuerzo en la cama como con peritonitis al pensar en nuestro uso del lenguaje: semiarticulado cuando tratamos lo del cheque del alquiler, paleolítico para lo del lavabo tapado, hasta los rugidos de antropoide que Él emitió porque no encontraba *su* cortaúñas. Claro que no voy a instalarme con mi mano entre las manos del durmiente ni mucho menos mi pie entre sus piernas. Sería una hipócrita. Y de actuar por costumbre, sálvese quien pueda.”

Bueno, lunes o miércoles, me sale el padrenuestro —en la vieja versión, porque me la enseñó mi abuela en casa (la de antes), y en casa (la de ahora) no hay quien me enseñe la nueva. Pero lo digo muy aprisa, dos o tres veces seguidas como si estuviera en un velorio, y me da risa (*¡qué locura, qué capricho / el Señor se va a enojar!*). No importa. Ya habíamos quedado, *mon Dieu* y yo, en que *je ne crois pas en toi mais je vais te parler tout de même*, lo cual es hablar poniendo las cartas sobre la mesa —como dice Supervielle. Por lo demás sería inútil decirle *creo en ti* cuando es sabido que cualquier dios ve a la legua hasta el fondo de

nuestro pensamiento, y *mon Dieu à moi* sabe que estoy de parte del durmiente, que es ateo y habla el irreducible lenguaje de la lógica.

Él siempre me sale con que son pseudoproposiciones las de la metafísica y, aunque admite que se puede creer lo mismo en proposiciones falsas que en verdaderas, me dice sonriendo que las falsas no sirven para *la descripción de relaciones objetivas* sino para *la expresión de una actitud emotiva ante la vida*. ¿Verdad, durmiente? Y siguen quince minutos de razonamientos impecables, que hago yo: porque Él se limita a preguntar, como Sócrates al esclavo de Menón, y yo respondo LA VERDAD. Pero también yo he leído a Carnap, durmiente, ¿qué te figuras? Y estoy con él, contigo y con *mon Dieu*.

*

Mon Dieu, el lenguaje lógico te pulveriza, las polémicas metafísicas son *más largas que la hebra de María Moco (cosió un vestido y le sobró un poco)*. El poeta nunca trata de invalidar con su canto el poema de otro, y si Supervielle dice *je ne crois pas en toi* no es, qué sé yo..., contra Claudel, por ejemplo. *Mon Dieu*, te catalogo del lado de la poesía, sin metalenguaje posible para reducirte a fórmulas coherentes. Y para probarte mi buena fe, ahí te va el padrenuestro como poema.

Reparto en dos alas mi pelo suelto sobre el al-

mohadón de terciopelo, cierro los ojos para concentrarme, pero antes... ¡Siempre llena de disculpas, prólogos, advertencias!... Ni modo. Antes, quiero dejar claras las cosas.

Si estoy contenta en tu agujero, o si quiero que lo rellenes con un poco de algodón divino (porque tu agujero tiene un agujero, ¡socorro!), no pretendo chantajearte a la manera de tus fieles: "Yo te rezo y tú me cumples". Cuando hablé de apuntalarte, quise decir en mí, dentro de mí, en algún agujero mío capaz de contenerte. ¿Entendido?... Oye a continuación mi voz más grave y mejor articulada, imagínala (en voz alta no puedo, por el ateo):

Padre nuestro que estás en los cielos /
pausa, y tratando de que las palabras resulten inéditas, como el primer conjuro del hombre en los primeros balbuceos del lenguaje articulado:

santificado sea tu nombre /
respirando luego hondo, para que el *reino* llegue a cada neurona:

venga a nos el tu reino /
y con sencillez, sin el menor asomo de miedo:
hágase tu voluntad así en la tierra como en los cielos /.

Pausa. La voz, que ha llegado al umbral de lo inaudible, se prepara para un *crescendo* y *accelerando* hasta *deudores*, porque aunque nos gustaría subrayar eso tan lindo de *el pan nuestro de cada día*, con sus impli-

caciones de tantos panes disímiles, debemos unir las dos secuencias siguientes para disimular con qué reservas te incitamos, peligrosamente, a aplicarnos la ley del talión. Así pues, *accelerando* y *crescendo*:

el pan nuestro de cada día dánoslo hoy y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores /,

tomar aliento y concluir, con intención en el tono, implicando que hay que distinguir entre tentaciones y tentaciones y que sí nos permitas sucumbir a las más maravillosas:

no nos dejes caer en la tentación mas líbranos de todo mal, amén.

¿Te gustó?

*

Mon Dieu, ¿qué pasa hoy, esta noche? Estoy muy triste. Toda posibilidad de diálogo me parece cancelada y la oscuridad de mi cuarto se puebla de lobos, monstruos que desde mi infancia son los peores que pueda concebir. El desconocido (¿te has dado cuenta?: siempre desconocido, como elogio o como reproche) duerme a mi lado, pero yo siento que nos separan ya paralelos y paralelos, y el Ecuador, y otros paralelos, aunque sólo nos divide un meridiano porque la cama es norte-sur —pero es dormir con una espada casta e hiriente entre los dos. ¿Qué nos hemos dicho hoy? ¿Qué nos diremos mañana? Ya empapé con lágrimas

el almohadón de terciopelo café. Voy a sonarme la nariz con la carpetita de la mesa de noche porque no tengo fuerzas para ir por un kleenex. Creo que voy a caer de tu agujero hasta el hemisferio Sur, porque el Norte está arriba y siempre se cae hacia el Sur; ¿verdad? Déjame decirte un padrenuestro-poema.

Cierro los ojos y recito con ganas. Él se ha estremecido, se incorpora asustado en la cama. *Mon Dieu!* —suspiro—, dije amén en voz alta, arrastrada por la fuerza de la poesía.

—¿Qué ha sucedido? ¿No te has dormido aún? —pregunta mi ya despierto.

Entonces Tú me envías un mosquito providencial, que pasa silbando junto a mi cabeza.

—¿Qué tienes? —dice Él en un tono que me desalienta.

—Un mosquito —respondo fingiendo calma e indiferencia.

Hacemos un silencio. Otra vez se escucha el zumbido.

—No te muevas— dice Él; y yo vislumbro una esperanza.

—Pero es que se acerca —digo implorando descaradamente protección.

Duro todavía, Él me instruye:

—Cuando esté muy cerca de ti, da un manotazo contra tu cabeza. Es la mejor técnica porque, si no lo matas, va a pararse en la pared para preparar un nuevo ataque.

Obedezco.

—¡Ya! —le anuncio.

Él prende la luz. Con los ojos fruncidos exploramos la pared blanca.

—Allá está —le digo—, ¡pero muy arriba!

Él me quita el almohadón (algo húmedo) de terciopelo café. Apunta mordiéndose el labio inferior. Lo arroja con precisión y fuerza. Da en el blanco. Buscamos el cadáver. Él se arrodilla sobre la cama, recoge al zancudo y lo coloca sobre el foco de la lámpara (porque existe la posibilidad de que sólo haya sufrido un desmayo pasajero). Contempla su agonía.

Yo me acerco a ver, también de rodillas, temblando en mi envoltura de nylon transparente. Nos quedamos inmóviles hasta que las frágiles patitas dejan de moverse.

—Me dio mucho frío —digo abrazándolo a traición.

¡Oh, *mon Dieu!*, tenemos frío y también hambre, hambre específica de ciruelas y queso.

LA MUJER IGNORADA

EMPEZABA A LLOVER. José, que había salido dos minutos antes sin despedirse de su mujer, regresó precipitadamente escaleras arriba. Ella reconoció sus pasos, y su motor de esperanza —bastante deteriorado pero aún en marcha— la impulsó una vez más en dirección a la puerta. Él entró como un torbellino. Chocaron y ella cayó sin ruido, de espaldas, sobre la alfombra peluda. Tal vez los pelos de la alfombra absorbieron el ruido de la caída, pero lo más probable era que las cosas hubieran llegado al colmo de los colmos de los colmos, como era de temerse a aquellas alturas.

Sin alterarse y tan sonoro como de costumbre, José caminó sobre su mujer: el pie izquierdo en sus rodillas, el pie derecho en su cintura, el pie izquierdo en su frente, mientras ella lo miraba desde el suelo apenas asombrada de que el atropello resultara a tal punto indoloro; lo miraba con una gastadísima mirada de reproche tan inútil como un cuchillo sin filo. José entró en el dormitorio, sacó el paraguas del ropero y, después de recorrer en sentido contrario el cuerpo de la yacente, abandonó la casa con un portazo.

—No, no vino a despedirse —concluyó ella—; me lo devolvió momentáneamente la tormenta.

*

Llovía ahora a lágrima viva.

—¡Esto es el colmo! —dijo protestando sin convicción, o tal vez para consolarse, para seguir creyendo que aquél era un colmo inevitable, un colmo de tres años de vida en común, un colmo a la medida de su propia y vieja mirada de reproche, pero no “el colmo de los colmos”.

La esperanza se había deteriorado. También el otro motor duradero, el llanto. Cuando comenzaron las dificultades ella lloraba de otro modo, como un niño cuando cae sobre una piedra y se lastima la rodilla y de pronto tiene las mejillas consteladas de gotitas que una mano amiga restaña; y después reía y decía: “qué tonta fui”; y todo era tan rápido que ella no cambiaba de color ni de temperatura y se reintegraba a la vida a pequeños saltos alegres como de gorrión sobre la hierba. Pero un día nadie enjugó sus lágrimas y se puso violenta, caliente, pegajosa, purulenta: tuvo que llorar a escondidas, lo cual es malo porque arruga el cutis y el ánimo. Después, sólo accesos de asombro, pero en seco, y la mirada de reproche, remplazaron sus antiguas humedades.

*

Todavía de espaldas contra la alfombra, disculpaba a José con instinto de náufrago. "Después de todo no me lastimó", se decía... Levantó una pierna, luego otra, como si estuviera haciendo gimnasia, y añadió: "Ni siquiera rompió mis medias nylon cuando pasó por mis rodillas". Entonces se fue nadando a piso traviesa hasta el dormitorio, trepó como un caracol a la cama, se derramó sobre el colchón, líquida, y se durmió para ignorarse, en un último intento de solidaridad con José, quien obviamente la ignoraba.

*

Cuando despertó de su sueño sin sueños, se sentó en el borde de la cama y pensó que era imposible esperar una vez más el regreso de su marido. Porque a eso se había reducido su vida durante largas semanas: a dormir y a esperar. Ni siquiera le quedaba el consuelo de las tareas domésticas, dulce ejercicio del pasado, ya que José se levantaba muy temprano y, sin decirle una palabra (aunque, es justo señalarlo, sin reproche alguno en la mirada), se preparaba el desayuno, tendía la cama, barría la sala y desempolvaba los muebles. A las siete de la tarde volvía con bolsas de alimentos, siempre tan abundantes que ella no se quedaba nunca con hambre aunque José, últimamente, no le ofreciese siquiera compartir un panecillo. Después se ponía a leer un libro hasta que le daba sueño, sin dirigir

ya nunca la palabra a su mujer, aunque a veces la miraba porque ella se interponía entre sus ojos y algún punto lejano del espacio. Se acostaba luego con ella y en ocasiones hasta le hacía el amor, porque ella se interponía entre su cuerpo y algún punto lejano de los sueños.

*

Con femenina resistencia, se limitaba ella a preguntarse qué se proponía él con todo aquello. Y si no había enloquecido durante las últimas semanas era porque antes habían ocurrido otras cosas, y otras todavía antes, y lo que ahora pasaba era después de todo natural e incontenible como el siguiente paso de una reacción en cadena.

—Tal vez mi existencia se ha atenuado —pensó sentada en el borde de la cama—. No soy muy alta y es posible que me haya encogido últimamente. ¿Estaré muy pálida para esos ojos, que ya no son para verme mejor? ¿Habré bajado peligrosamente de peso para esos brazos, que ya no son para abrazarme mejor? ¿Y sus oídos no son ya para escucharme mejor porque he perdido la voz de tanto fumar? Pero lo cierto era que la ropa seguía ajustando perfectamente las partes no pensantes de su cuerpo, que insistían en ser hermosas, indiferentes a los problemas de su materia gris.

Se levantó y corrió a probar su voz una vez más desde la cocina: —¡Hola! —gritó, y en el edificio de

enfrente el eco repitió: hola, hola, hola... Recorrió los espejos y se encontró, fiel, en todos los cristales. Se pinchó un dedo ex profeso con una aguja y brotó una gota de sangre. Regresó a la cocina por un poco de pan y mantequilla, masticó rítmicamente y el ruido del pan le llenó los oídos: existo, existo, existo...

Pero todas aquellas pruebas, sin olvidar el pensamiento, se le antojaron muy pobres como garantía de existencia. Sintió que no podía afirmar: sufro, luego existo. Porque ya no sufría. No, ni siquiera el pinchazo de una aguja en el dedo le había producido algo que remotamente se pareciera al dolor. Entonces tuvo miedo. Nunca había tenido miedo y la novedad le infundió una fuerza desconocida: —Tengo que irme, no puedo esperarlo una vez más. Haré mis maletas —decidió.

Y se puso a recorrer el diminuto apartamiento en busca de sus pertenencias, pero no encontró nada suyo. —¿Dónde están mis libros? ¿Las cartas de amor? ¿Las fotografías? —se decía yendo de un lado a otro. Tampoco encontró su ropa en el ropero—. Esto es una agresión, un complot. ¡Esto no tiene nombre! Sólo me queda lo que llevo puesto... —El reflejo de algún llanto pretérito se superpuso por unos segundos a la mirada de reproche cuando advirtió que llevaba el vestido estampado de hojas verdes, nuevo todavía, del primer encuentro. Se sentó en el borde de la cama y se puso a pensar, por primera vez en mucho

tiempo, con cierta lucidez, cierta indiferencia, cierto desapego recién adquiridos. ¿Cómo había comenzado todo aquello?

*

—Lo primero que falló fueron las palabras —recorrió—... Hasta que él dejó de escucharme o yo perdí toda sonoridad. Es algo difícil de discernir.

Durante los primeros meses de vida en común habían hablado hasta por los codos, aunque ella no recordaba ahora qué se habían dicho por muchos esfuerzos que hiciera. Lo que recordaba era la felicidad de hacer preguntas que tenían respuesta, dar una respuesta a cada pregunta, enunciar de pronto al mismo tiempo la misma palabra como dos escolares que se saben la lección, o proferir dos palabras opuestas que chocaban en el aire y caían juntas, entrelazadas como en un sonido de risa, como si *opuestas* hubiera significado *llena de picos y agujeros diferentes* que hacía que las palabras encajaran la una en la otra como dos piezas de un *puzzle*, de modo que dos palabras contrarias formaban amables neologismos, cargados de sentido, para el uso particular de José y su mujer.

Por lo menos las palabras eran entonces lo que eran. Nunca las pronunciaban distraídos, nunca dejaban que salieran deformadas por una ligera indigestión, o una fluctuación del azúcar en la sangre, o las secretas secreciones de glándulas olvidadas, o una fal-

sa indiferencia nacida de un valium de cinco miligramos.

—Pero con el tiempo las palabras se gastaron —se dijo sentada en el borde de la cama—. Todo fatiga cuando se practica sin variaciones, hasta los ejercicios de alegría. Sólo que nadie piensa en tomar medidas preventivas cuando está lleno de confianza en la existencia. ¿Y cómo no iba yo a tener confianza si él me repetía que yo era “la mujer de sus sueños”? Ahora sé que la mujer de los sueños de un hombre está condenada a una vigilia eterna. ¡Ay de ella si se duerme sobre sus laureles!

*

Seguramente ella dormía sobre sus laureles cuando las palabras fallaron, ya fuera porque perdían velocidad y eficacia o, al contrario, porque adquirían vida propia y sabotaban todo diálogo. A veces los verbos se negaban a expresar acción o estado algunos, y aun en imperativo eran inútiles como patadas de ahogado; los adjetivos se ponían tan grises que era imposible distinguir joven de viejo, querido de odiado; indefinidos todos los artículos; impersonales todos los pronombres; disyuntivas todas las preposiciones; y los sustantivos, concretos o abstractos, tan irreales como los objetos de un sueño mal recordado. Hubo días en que las palabras se ponían así, se ponían a no querer decir nada, y era imposible comunicarse. Todo

esfuerzo de diálogo acababa por dar sueño a la mujer. Una vez, desesperada, se golpeó intencionalmente el tobillo contra el ángulo de un mueble, y emitió una pequeña interjección de dolor, un *ay* seco, preciso, afortunado, que los rescató —a ella de su sueño, a él de sus sueños.

Él dijo: “¿Te dolió?” Ella respondió: “¡Mucho, mucho!” “¿Te doy un masaje?” “Prefiero ponerme una cataplasma.” “¿Dónde está el algodón?”...

Ella se dio cuenta de que aquél era el primer diálogo en muchos días y corrió, corrió por el algodón. Pero el algodón tardó más de lo debido en aparecer, las palabras desmayaron, y el diálogo acabó, lamentable: “Algodón...”, “Algo...”, “Don...”, “Don, don...”

Había también días en que las palabras tomaban iniciativas peligrosas.

—Apenas enunciadas —pensó ella sentada en el borde de la cama—, adquirían doble sentido, o se cargaban de esas adherencias llamadas *arrière-pensées*, o se ponían a significar todo lo contrario de lo que está consignado en los diccionarios de la lengua. Era exasperante. Cuando yo las profería todas forradas de plumón sintáctico, ellas lastimaban. O bien resultaban totalmente ineficaces cuando creía haberlas calibrado para sacudir una cuerda precisa en mi interlocutor. O se detenían a medio vuelo, en los oídos de José, como una cosquilla o un escalofrío, sin llegar a

esa masa inteligente donde todo suele aclararse en la oscuridad más completa.

*

Ella se defendió. Apenas llevaba entonces dos años viviendo con José y podía seguir siendo “la mujer de sus sueños”. Todavía hacían muchas cosas juntos. El amor, por ejemplo. Si él era un soñador, ella era realista. Inventó un juego, y como todavía andaba por la vida a saltitos de gorrión y su rostro era alegre, él se dejó arrastrar por su ritmo y las cosas se compusieron por un tiempo.

—Con tal de no perder mi lugar en sus sueños —pensó sentada al borde de la cama— habría inventado cualquier cosa. Jugué a proferir palabras que sólo fueran palabras, jugué con él alegremente a las palabras sin proponerme significar nada. Yo decía: “Pájaro, católico, emergencia, Coatlicue...” Y él respondía: “Ecuación, lapones, arco iris, asesino...” Así, nuestro ballet doméstico tenía por lo menos música de fondo.

Pero hasta los ejercicios de alegría fatigan, y se acabó el juego. Ella lloró algún tiempo escondida, debajo de la cama o dentro del ropero, hasta que temió que pudiera ajarse la mujer de los sueños de José y reemplazó el llanto por la mirada de reproche. Continuó el ballet doméstico aunque cada vez fue menos frecuen-

te el *pas de deux*, porque la mirada de reproche aún tenía filo y José la esquivaba ligeramente asustado.

*

—Se acabó el *pas de deux* —recordó ella sentada en el borde de la cama—. Cuando salíamos a la calle, yo lo tomaba de la mano. Pero todo nos separaba: un peatón que traía prisa y pasaba entre los dos, un árbol cuya presencia a media acera nunca antes había advertido, y hasta las ráfagas del viento... Y apenas separadas nuestras manos, él ganaba terreno y se ponía a caminar exactamente a 70 centímetros delante de mí. Ya no podíamos ir lo que se llama juntos a ninguna parte. Si yo apretaba el paso para alcanzarlo, apretaba él el paso y seguíamos caminando separados. Yo imitaba su ritmo para no perderlo del todo: tropezaba cuando él tropezaba, esquivaba en el suelo la misma piedra, la misma grieta que él había esquivado. Era un ejercicio fatigoso que requería mucha atención. En un principio lograba vencer su resistencia, hacerle perder aceleración, alcanzarlo, y caminábamos de la mano hasta sincronizar el doble latido de nuestras manos.

Pero un día, ella no pudo ya alcanzar a José aunque se quitó los zapatos de tacones altos y lo siguió descalza. Desde ese día, cuando llegaban a la casa separados exactamente por 70 centímetros, ella se consumía

en un *sprint* heroico para ganar unas fracciones de segundo y entrar en la sala antes de que él cerrara la puerta de un golpe.

—Una vez adentro las cosas mejoraban —recordó sentada en el borde de la cama. Todo tiempo pasado es mejor, tenía que ser mejor para ella, como para cualquiera que acaba de conocer lo que siente un ser humano cuando otro ser humano camina despreocupadamente sobre su cuerpo, aun cuando el ser humano recorrido se empeñe en no sentir dolor y alegue que tiene intactas las medias nylon, último reducto de la esperanza.

—Una vez adentro —siguió recordando— él me sonreía con su eterno aire soñador, a veces me miraba muy hondo a los ojos, a veces hacíamos el amor. Aunque un día descubrí que me miraba porque yo me interponía entre sus ojos y un punto lejano del espacio, y que hacíamos el amor sólo porque yo me interponía entre su cuerpo y un punto lejano de sus sueños. Más adelante José empezó a hacer la comida... la limpieza...

*

Se apoyó en el borde de la cama y logró ponerse de pie con algún esfuerzo.

—Él me ignora —se dijo— y yo no quiero reconocerlo. ¿Pero por qué no me lo dice? ¿Por qué esa crueldad que no merezco? Ama a otra, tiene que

amar a otra —se le ocurrió con la misma indiferencia de quien encuentra la palabra correcta en un crucigrama. Sólo tenía miedo, un miedo que borraba toda posibilidad de sufrimiento, pero que no era sin embargo miedo a la muerte.

—Voy a vengarme —decidió—. Voy a suicidarme. Será un suicidio indoloro aun cuando me corte las muñecas para manchar de sangre esta alfombra peluda. No podrá caminar distraídamente sobre mi cadáver porque es ineludible la presencia de los muertos.

Dio unos pasos y sintió cómo había crecido ese miedo recientemente estrenado. Al pasar frente al espejo el miedo le nubló su propia imagen: un borrón verde tan impreciso como el reflejo de un reflejo. El miedo la anestesiaba. Qué ajeno se le volvía su propio cuerpo. El miedo especialista en nudos en la garganta le impedía hablar, y le tapaba los oídos para que no oyera otra cosa que el silencio del miedo. Todavía tuvo fuerzas para buscar una prueba, una prueba de ese amor que la desplazaba de la vida de José, tal vez hasta de sus sueños. Hurgó en el ropero, bolsillo tras bolsillo, los infinitos bolsillos de la ropa masculina custodios de todos los secretos. Encontró un dibujo en tinta verde, una flor seca y un papel escrito también con tinta verde, la que él usaba para cargar su pluma fuente. Y volvió a sentarse en el borde de la cama para disfrutar el botín.

Mucho más precisa que en el espejo, se miró en el

dibujo verde con su vestido estampado de hojas de árbol. El tacto de la flor llegó a sus manos dormidas por el miedo y le bastó para reconocer la siempreviva que llevaba en sus cabellos el día del primer encuentro. La escritura de José atravesó la niebla que el miedo ponía en sus ojos, y leyó con esfuerzo:

Otra vez volví a soñarla tal como la imaginé en el parque hace tres años, cuando la bruma, el crepúsculo y las hojas verdes se confabularon para crear una mujer pequeña, que daba pequeños saltos de gorrión e inspiraba un deseo inédito, como de correr cielo arriba de la mano. Todavía avanzo en las noches hacia ella, para encontrar sólo una flor en la grava del sendero. No le puse un nombre, ni siquiera imaginario. No quiero encontrarla, porque no quiero olvidarla.

Ella no intentó asomarse a otro espejo. Se disolvió en el miedo amigo. Cuando José regresó había dejado de llover y el pequeño apartamento estaba más vacío que nunca.

EL HOMBRE QUE SUBE APRISA LAS ESCALERAS

LOS *SUSCITADORES* se presentan a toda hora, en cualquier momento. Si en la mesa me quedo con el cubierto en el aire y como idiota, o en la calle cambia el semáforo a luz verde y no hago arrancar a mi automóvil, injustamente podrán tacharme de astronauta en la luna de Valencia. En realidad, departo con aquéllos, me dicen sus nombres, y apunto los mejores en mi directorio privado. Pero cuando irrumpen a mitad de una traducción sobre *operational research* que debo entregar en dos días, o de la corrección de uno de los artículos sobre box, los caimanes del Paraná o el turismo en Andorra que me encarga cierta revista "cultural", les ruego que hagan cola y esperen. Claro que son incapaces de hacer cola; siempre se pelean y gana el más fuerte, y si con el escándalo que arman no logran distraerme pierden la paciencia, me sacan la lengua y se deshacen como pompas de jabón.

Me duele no atenderlos o no poder trabajarlos más tarde, cuando me parece tener la *respuesta* en la punta de la lengua, y no hay caso: se niegan a dejarme escribirla. No importa. Si de puro susceptibles no vuel-

ven, ya vendrán otros. El cuarto de baño, donde todo entra en actividad menos los sesos, es un recibidor perfecto. Y también la cama, cuando entre suelo y vigilia todo se acelera y ellos pasan como salmones en un torrente, y yo atrapo uno de un suave zarpa-zo, y lo miro, y lo asumo, y juntos ensayamos algún cuento.

Recuerdo muy bien a “Entre chien et loup”: discreto, conmovedor, rápido. No era más que dos siluetas diferenciadas apenas —a esa hora que se llama en mi lengua “entre azul y buenas noches”—... pero indudablemente de sexos opuestos, sobre un cielo de luces ya carcomidas por las sombras. Y “entre chien et loup”, sonó una música. El cuento fue corto. Decía: “La primera vez que escuché por segunda vez la música de la primera vez, se recreó la magia. Pero... era cuestión de vivirla o escribirla, y guardé mi pluma”. En cambio “Hortensias azules” aspiraba a novela, pero no me encontró a la altura del juego. Era un haz de Hortensias azules con las cabezas dobladas por la sed. Ensayamos primero a un niño que las regaba, hasta que se incorporaban y eran más altas que él. Era verano, por supuesto, y en medio de él surgió un día preciso en la infancia de aquel niño que de repente se llamó Diego. ¿Por qué *ese* día? No voy a repetir el cuento, que ya figura en este libro; sólo recordaré que ese día Diego recibió su primera vacuna: antiengaño. ¿Y las hortensias? Podíamos hacerles un pequeño lu-

gar en el cuento, aunque nadie reparara luego en ellas: pero también podían desaparecer.

Oh mis *suscitadores*, fragmentos desprendidos de todo contexto, islas todavía indecisas entre la imagen y el signo que me proponen reanudar mi juego favorito: averiguar si son principio o fin o puente entre aquéllos, o si desertarán la fábula que hicieron nacer (en dos sentidos *brillando por su ausencia*) o la integrarán con el casi anonimato de una pieza minúscula del *puzzle*.

Contado el cuento, me duermo como los niños. No lo sueño. Lo dejo soñar en mí, igual que a los problemas de matemáticas de la adolescencia: intensamente pensados hasta el último bostezo, aptos ya para afrontar una noche (en la que yo volaba, o amaba a un ser sin rostro, o tenía aventuras increíbles con mis hermanos) y amanecer resueltos.

Pero “El hombre que sube aprisa las escaleras”, con su nombre kilométrico como los de algunos aristócratas que quieren exhibir todos sus apellidos, se las traía: me tuvo despierto hasta las cuatro de la mañana, hora en que recurrí para combatirlo a un vaso de leche caliente y un valium de cinco miligramos.

*

En cuanto se presentó recordé que ya se había insinuado durante una conferencia de Stockhausen en el auditorio de la UNAM —aunque la burbuja estalló

ante la irrupción del tam-tam electrónicamente filtrado con que el músico ilustró un pasaje de su charla. También había estado de *voyeur* días antes, como el *elfo del frío techo* de Mallarmé, pero se había desvanecido en el *crescendo*. Y se había burlado de mí durante una entrevista que me hicieron para una revista femenina, espantando muerto de risa mis ideas prefabricadas acerca del sexo opuesto.

Tántas veces ignorado, “El hombre que sube aprisa las escaleras” tenía que jugarme una mala pasada. Con todo, acepté la situación, porque me cautivó: no era rostro ni nombre, sino movimiento, y la escalera de madera estaba bien diseñada, y el barandal tentaba, liso y brillante y de textura cálida.

Para comprender mejor al hombre me vestí con su cuerpo y subí con él. Subía demasiado aprisa, hacia el cuarto de una mujer, de dos en dos las escaleras. Dentro del hombre, apoyé una mano intermitente en el barandal para que no menguara su impulso inicial, y en cada descansillo giré con su brazo estirado, que se enganchaba a cada ángulo en que cambiaba de dirección el pasamanos, y el hombre daba la vuelta para tomar el siguiente tramo de la escalera y seguía ascendiendo, de dos en dos, sus escalones. Pude recorrer así tres pisos con él —seguramente teníamos en común, amén del sexo, la edad y las energías—, y me sentí listo para averiguar por qué subía aprisa, listo para regalarme con el meollo del cuento.

En seguida me puse a funcionar. “El hombre sube aprisa”, me dije, “porque ha decidido entrenarse para poder llegar siempre, sin peligro para su salud, con el corazón agitado, y aprovechar la falta de aliento para sostener en el estándar debido —emoción jadeante— el beso que ella espera. Las escaleras eran la solución perfecta, porque a veces hace el desgano que se le vaya a uno el alma a los pies; y los labios, tán lejos allá arriba, besan desabridos. Las escaleras facilitarían la solución ‘Agítese antes de usarse’. (*Variante*: las escaleras como sustituto del *high ball* que se administran, para arrancar, las parejas oxidadas; que dignifica la ‘conversación plana’; que crea una magia barata: ‘Si hay escaleras, hay ambiente’, etcétera.)”

Pero mi *suscitador* no iba al grano, no agarraba vuelo y mi cuento no sabía ni cómo ni cuándo llegaría al *colorín colorado*... Se paró en seco, dejó de latir. Voy por el mal camino, pensé: no sirve mi proposición I. Y en seguida advertí que mi *suscitador* se reanimaba para arrastrarme hacia un inevitable II. “A lo mejor el hombre sube aprisa, de dos en dos las escaleras” (*galgo de ayer*, Machado, etc.), “porque ha decidido apresurarse siempre porque esa mujer, cuyo nombre me hace dudar entre Antonia o Casilda (Antonia, teléfono involuntario; Casilda, dulce teléfono a sabiendas), le hace descubrir cosas y cosas en él, aficiones insospechadas, proyectos nunca antes concebidos. El hombre se siente muy a gusto, y confunde el sentirse

a gusto con el amar, y en el fondo juega limpio ya que no sube consciente de que va al encuentro de sí mismo”.

Pensé en reconsiderar la versión I, y escoger una vez por todas. No me esperó el *suscitador*, y en segundos yo continuaba: “Si el hombre que sube aprisa las escaleras no actúa consciente de que va al encuentro de sí mismo, ya se encargarán de que cobre esa conciencia Antonia (II-A) o Casilda (II-B)”.

Antonia (versión II-A) se aburre de ser espejo, eco, teléfono, en vez de ser amada. Un día el hombre que sube aprisa, de dos en dos las escaleras al encuentro de sí mismo, halla a Antonia con un amigo que no se mira en ella, sino que la mira. Al ver a otro hombre mirar a una mujer, comprende el egoísmo de fondo que hay en su propia velocidad, y a ver qué hace. O bien, II-B, Casilda sufre en silencio su condición de “espejito, espejito, dime quién es, etc.”, pero sabe que el hombre no sabe por qué sube aprisa y de dos en dos las escaleras, y espera que él *would finally realize* que sus soledades son disparejas. Un día él trepa jadeante y espera ante una puerta que no se abre. Suicidio de ella, cuento trágico. Variante del anterior: la dulce Casilda hace aparecer su suicidio como crimen, etcétera. Cuento policial.

“Todo cambia”, pensé a estas alturas, “si el hombre que sube aprisa las escaleras sube *consciente* de que va al encuentro de sí mismo, de que esa mujer le hace descubrir aficiones insospechadas, estrenar costum-

bres, formular proyectos nunca antes concebidos”. Apunté: III. “Él sabe que no ama ni a Antonia ni a Casilda, pero después de todo siente cierta ternura por ella, de modo que sube aprisa, porque ella merece un beso tipo ‘Versión I’. Y sube diciéndose: ‘¡Oh mi Delfos, oh línea desocupada siempre en la que marco mi propio número telefónico y me escucho!’ (Variante: —‘Amado estanque’... ¡Puff!, es un tema demasiado manido.)

”El hombre que sube aprisa las escaleras consciente de que va al encuentro de sí mismo aburrirá pronto a Antonia (III-A). Habla Antonia: ‘Yo también quiero sentir rico, y no sólo en la cama. Vendes caro tu amor, aventurero, y yo no estoy dispuesta a pagarte con un Delfo privado’. Ultimátum de Antonia: ‘Quiero ser conquistada’. El hombre pierde velocidad. Deja, por fin, de subir las escaleras.

”Todo cambia si sube hacia Casilda (III-B), que lo ama *malgré tout* consciente ella de que el hombre sube las escaleras consciente de que va al encuentro de sí mismo, pero también consciente (ella) de la infinita resistencia femenina. Habla Casilda (para sus adentros): ‘Yo me espero’ (y amontona en un baúl sábanas Wamsutta); ‘acabaré por ser imprescindible’ (y añade toallas Canon): ‘difícilmente podrá remplazarme como espejo, eco o teléfono’ (y dobla camisones Káiser). *Happy ending*, boda, cuento idiota.

”A menos que el hombre suba aprisa, de dos en

dos las escaleras, porque subió así la primera vez, el día del primer encuentro, y tiene la secreta convicción de que aquello durará mientras él no pierda velocidad. Un viejo rito no puede abandonarse sin riesgo de catástrofe (IV).

”O que el hombre suba aprisa porque se resiste, después de leer a Machado, a que llegue el día en que también él diga: ‘Galgo de ayer que subías / de dos en dos las escaleras’ (V)...

”O que el hombre suba aprisa porque...”

¡Ay de mí! Acabo de leer mi cuento y me pareció inaguantable. La próxima vez estaré preparado: ¡no vacilaré en descargar mi revólver contra el primer *suscitador* que se me acerque!

SU PRIMERA BALLENA

DIEGO APRETÓ el secante rosado contra las últimas multiplicaciones y restas. Contó las siete campanadas que sonaron en la planta baja, en el reloj del comedor, y se volvió hacia la ventana de su cuarto donde las ramas del naranjo, cargadas de fruta, repetían la hora; negras contra un cielo rojo. Unas lágrimas de rencor saltaron a sus mejillas y también les pasó el secante. Era muy tarde y era *día de escuela*, pero su hermana Li no regresaba. La tía había llegado a la hora del almuerzo y había cambiado con la madre miradas de inteligencia; y Li, como le preguntara Diego “adónde vas” al verla dirigirse hacia la puerta de la calle, había respondido rápidamente: “A acompañar a tía al dentista”.

“Ha de ser cierto”, pensó Diego, “porque en casa nadie dice mentiras”. Sin embargo se sentía como amenazado por algo que ignoraba. Desaprobaba por lo pronto que Li hubiera salido entre semana. “Todo sucede porque papá salió de viaje a no sé qué congreso de inte... de intelectuales, dijo que en Oaxaca...” Diego ignoraba para qué se reunían los intelectuales. Era sin duda para algo importante, porque su padre

se había pasado días enteros encerrado en su estudio y escribiendo. Y porque su padre era el hombre más importante del mundo. El día que dio una conferencia en la Universidad porque era el centenario de... bueno, de un poeta francés —se dijo Diego—, la sala estaba llena y el público aplaudía tanto como en el fútbol, y hasta había unas muchachas que lloraban. Ese día Diego escribió en un pedacito de papel: “D. T. es el hombre más importante del mundo”, y su firma, que también era D. T., y por la noche deslizó el mensaje en el bolsillo paterno junto a los cigarrillos, para que D. T. el grande lo leyera con el primero que fumara por la mañana y dedicara una sonrisa a D. T. el chico.

Además de importante, D. T. era riguroso con él y con Li en lo que atañía a sus estudios. No los castigaba por una mala nota, pero les decía siempre: “Para la próxima, sacarás sin duda un diez: confío en ti”. Y cómo defraudar esa confianza aunque las responsabilidades fueran a veces muy pesadas, sobre todo cuando había fiesta de cumpleaños en el barrio y se oían risas y gritos y Diego pensara: “¿A qué horas harán ellos sus tareas?”, y soñara con chocolates humeantes y pasteles de El Globo.

De no haber estado el padre de viaje, Li no se habría atrevido a salir toda la tarde en día de clases. D. T. cuidaba todos los detalles: sólo permitía que los niños probaran el vino los domingos y guardaba las

historietas en su escritorio hasta el fin de semana. Qué mirada tan severa le echó a Diego cuando éste comentó no sé qué episodio de *Tintin* (¿un martes?). “¡Ah!”, le dijo, “¿conque tú fuiste el que anduvo revisando mis cajones? Eso no se hace”. Pero no añadió una sola palabra sobre los globitos blancos. Diego había encontrado en uno de aquellos cajones una cajita con unos globos... bastante chicos, pues, y muy delgados y alargados, y había inflado uno para Nené, el hermano de dos años. Después, distraído con las historietas, había olvidado el globito sobre el escritorio.

Entre semana permitían a los niños salir un rato al jardín después de comer. Diego regaba unas hortensias azules más altas que él, que lo esperaban con las cabezas despeinadas y dobladas por la sed; pero en cuanto bebían se incorporaban lentamente, como a escondidas, mientras él corría hasta los jitomates plantados al fondo o trepaba al naranjo. Y a su regreso a la parte del frente encontraba muy erguidas a las señoritas azules y tenía que empinarse para hablarles al oído. Luego, a la hora en que empezaban a salir niños a los jardines vecinos y empezaban a llamarlo por entre los huecos de las enredaderas, la madre se levantaba de su siesta y ponía a Diego y a Li a hacer las tareas.

Como Diego era el mayor, sus tareas eran más largas y tenía menos tiempo que Li para jugar o distraerse con Amadís de Gaula. Nené no contaba todavía: sus ocupaciones se reducían a montar el caballito

de madera, hacer picadillos de pasto y comer tierra. En cuanto a Li, acomodaba sus cuadernos en la mochila y se ponía a torear al gato mientras su hermano continuaba escribiendo. Siempre acababan por gritarse cosas feas, porque ella arrastraba una rama por el suelo para que Amadís de Gaula arremetiera contra ella con un golpe de lado, las orejas echadas hacia atrás y el lomo erizado, con lo cual echaba a perder la paciente labor de Diego como domador —nunca le habían gustado los que llamaba “gatos-Poe” (su padre lo había instruido al respecto), y adoraba en cambio a los gatos-bufanda, y quería hacer de Amadís uno de ellos.

*

La ausencia de Li habría resultado ligera para Diego si su hermana y su tía le hubieran dicho adónde iban en vez de dejarlo imaginar toda clase de cosas toda la tarde. “Lo que me gusta de papá”, pensó, “es que nunca nos engaña. Cuando me dice que va a ver el fútbol pero que no me lleva porque le prometió el otro boleto a su amigo R..., no me puedo enojar. Nunca inventa que tiene una reunión del Partido o cosas así”.

Un poco de disciplina no importa cuando la vida es tan segura y tan leve como había sido la de Diego hasta aquel día, hasta aquella tarde tan larga. Hizo un mapa rosado de México, pintó de azul el mar y los ríos y, después de repasar las sierras con un lápiz ma-

rrón, las engomó con un pincel y las espolvoreó con azúcar para que brillaran. Luego caminó, siempre pensando cosas y cosas, sobre el azúcar que había volcado en el piso hasta que ésta dejó de crujir bajo sus suelas. Hizo sus operaciones de matemáticas, lloró un poquito, y se lavó la cara porque además de barro de lágrimas tenía bigotes de tinta. Y estaban ya por servir la cena de los niños, cuando sonó el timbre.

Li entró proclamando a gritos la verdad: “La ballena era grande, grande grande. ¡Llenaba toda la pantalla!”

El niño escuchó la verdad. Una verdad desnuda, resplandeciente y aplastante. Ya no deseó vengarse: ni acusar a Li cuando regresara su padre, ni enterrarle en el jardín algún “tesoro” de los que ella guardaba en sus cajones, ni sublevar contra la muy mentirosa a Nené y a Amadís de Gaula. La “ballena” había pulverizado con su masa imponderable el sutil edificio del engaño.

Sin embargo, aquel derrumbe total era preferible a pensar y pensar cosas mientras caminaba sobre el azúcar o multiplicaba por nueve; a sentir que subestimaban su imaginación y su inteligencia con una coartada tan burda como la que habían inventado; a ese ejercicio pendular y fatigoso que lo había llevado durante horas enteras hacia polos contrarios de desamparo y esperanza; a llorar por algo que no lo merecía; a sospechar que se habían compadecido de él en vez de amarlo.

Se sentía ahora ingrátido y lúcido, en un mundo destruido, es cierto, pero sin telarañas; entre ruinas tan limpias como las de un juego de construcción de Creative Playthings (Foam blocks, 6 months-3 years, acabado de usar por Nené), que Diego podía volver a armar cuando se le pegara la gana.

A CADA RATO LUNES

I

ME TOCÓ SOBREVIVIR a mis contemporáneos más amados. Ya no hay nadie más viejo que yo. No sé cómo puedo resistir esta todavía existencia a dos velocidades tan contradictorias: en patines hacia la muerte y de caracol por mi casa. No me sorprendería que de repente dejara de moverme como una de esas muñecas bailarinas de cuerda: con el pie suspendido a la mitad de un paso y la mano adelantada hacia un objeto imposible. Tampoco me sorprendería que una mañana, entre el té de las ocho y la sopa de las doce, transcurrieran años. A veces me pregunto, por ejemplo, dónde dejé ayer el hilo negro, cuando pensándolo bien lo puse hace tres años en algún sitio... O me digo que otra vez está nevando, cuando pensándolo bien la última nieve cayó hace una década. Comprendo por qué es tan difícil el diálogo entre distintas generaciones. La gente dice: "Los jóvenes de hoy son diferentes". Yo digo que son iguales los jóvenes de todos los tiempos: viven a toda velocidad en años lentos, y mientras está a favor de ellos el desfase entre su

tiempo y el tiempo, actúan como jóvenes, piensan y proyectan como jóvenes. La gente tiene mala memoria. A menos que la memoria no sirva, después de todo, para revivir el pasado; que aun la más fiel memoria, sin mezcla de sueños intermedios, sólo proporcione datos exactos, inteligibles, coherentes: una película de la vida que no es la vida misma. Y así, el pasado reconstruido tiene la naturaleza de una realidad matemática, algo de esa cuarta dimensión que la razón acepta pero que de algún modo rechaza.

De nada sirve recrear los años largos de otros días, porque ahora los años están cortos. Sé, sin embargo, que ni aun con la prisa que llevan iré yo lejos. Hace un mes celebraron el fin del siglo xx. Y se celebró, como era de esperar, con fuegos de artificio; toda la noche se desmenuzaron estrellas. Pensé que ésta era una forma sutil de los antiguos sacrificios humanos: hostias que parodiaban, al arder a medio vuelo, nuestra existencia. Pensé: pienso solemne, pienso viejo. Pensé por último que no volarán para mí los siglos. Y si algún día volaran para el hombre, si la ciencia lograra prolongar enormemente la vida y aplazar también el deterioro de nuestra envoltura, tal vez gastaríamos nuestros dos o tres siglos disponibles tan estúpidamente como hoy gastamos nuestra ración de años. Por otro lado, más cerca está la ciencia de lograr vida eterna que eterna juventud. Porque la juventud es otro cuento —o no habría tantos “viejos” de cara lisa ju-

gando engañosas partidas de tenis o bailando rocks desenfrenados—. En cuanto a la muerte, sería lo de menos si nos desangráramos de repente en plena alegría, si pudiéramos prescindir de tanto preámbulo dramático. Lo malo es dejar que prospere el desfase entre la velocidad propia y la del tiempo a favor de este último. La juventud se pierde cuando comienza a ser lunes a cada rato.

II

Lo supe al repasar una vez más mi “película”, bien conservada gracias a largas sesiones de recuerdos. La secuencia que más me interesaba ahora, la de la época en que los Vigilantes me convirtieron al régimen de los lunes reincidentes, estaba bastante deteriorada por falta de uso.

*

Hubo una edad en que saltábamos a la cuerda contando hasta mil, y para recorrer la distancia entre dos puntos seguíamos el camino del perro que es siempre el más largo porque se desvía entre geranios y gorriones. Era eterna la espera de la próxima Navidad o el próximo cumpleaños, y muy remoto que volviéramos a amanecer entre libros de cuentos y juguetes flamantes. Preguntábamos a algún viejo como de veinticinco años: “¿Cuándo será lunes otra vez?”

Y como las vacaciones nos parecían dichosamente interminables, pensábamos que quizá las cosas habían cambiado para siempre y que ya nunca más iríamos a la escuela. Y cuando regresábamos a los cuadernos en blanco, la tinta, las espirales de madera resinosa que el sacapuntas arranca al lápiz nuevo, el polvo de las tizas, creíamos no haber respirado antes esos olores acres y volvíamos a embriagarnos con la promesa de revelaciones extraordinarias: las que correspondían a la estatura estrenada ese año, una rayita por encima de la anterior en la pared de la cocina. Se gastaban aprisa los zapatos y en un suspiro nos quedaba chica la ropa; pero duraban tanto los días que a veces nos aburríamos de jugar, y el de-aquí-a-la-muerte nos quedaba enorme como la ropa de mamá. En cuanto a la felicidad, era todo aquello que sucedía entre dos llantos —y éstos, entonces, eran escasos.

Y hubo otra edad en que el año se desperezaba en cada enero, se restregaba los ojos y se preparaba a que florecieran en meses de nombres dulces lentas maravillas. Nuestros hijos tardaban todavía en crecer; les tomábamos fotografías porque eran adorables, no porque sus rostros fueran efímeros y el recuerdo difícil. Preguntábamos a un viejo como de cuarenta y cinco años: “¿Quién era Buster Keaton?” Podíamos hacer mil cosas imprevistas entre las cuatro y las seis de una tarde, siempre disponibles, nunca fatigados; o no hacer nada por una semana entera, nada más que

deslizarnos ligeros, como los esquiadores por las colinas nevadas, en alguna curva difícilmente representable a falta de coordenadas de tiempo y remordimiento. En cuanto al amor, podía ser melodramático: ni habíamos *leído todos los libros* ni teníamos prejuicio contra ningún género; así, no importaba todavía estar tigres de martes a jueves, porque de viernes a lunes sobraban oportunidades para reparar los hilos rotos, ni importaba hollar hasta el cansancio *campos de pluma* porque nada —y mucho menos esas *batallas*— se repetía entonces por costumbre.

*

Viví varios años a esa amable velocidad con mi contemporáneo más amado. Pero de repente se produjo una larga pausa exasperante, una escena sin fin en la que nada sucedía aunque Él y yo respirábamos, nos movíamos, pensábamos; una larga pausa en punto muerto.

¡Cómo pudimos distraernos! No sabíamos que distraerse equivale a perder lo que llamábamos felicidad: esa actitud de liebre siempre alerta, esa capacidad de salamandra para criar su enésima cola, esa confianza de trapeceista para andar por la cuerda floja entre el prodigio y la catástrofe. Una distracción puede resultar fatal: es el momento que aprovechan los Vigilantes para hacernos entrar en el orden de los lu-

nes, y entonces empieza uno a envejecer a pesar del tenis y del rock. Mi contemporáneo y yo teníamos planeado ser jóvenes toda la vida y, tal vez, cuando los niños se fueran con sus contemporáneos más amados, algo así como escalar juntos una altísima montaña y dormirnos abrazados en la nieve. Comprendo que tales planes hayan escandalizado a los Vigilantes, viejos de nacimiento.

Les dimos mucho que hacer, pero pudieron con nosotros.

*

En general los Vigilantes no se esfuerzan demasiado con la gente; se limitan a cumplir burocráticamente su tarea. Una vez dejada atrás la adolescencia la oveja entra en el redil, con excepción de las ovejas negras como los artistas y los asesinos. Los demás se atienen a la máxima: "A donde fueres haz lo que vieres", porque la moral tiene sus reglas locales (queda, por supuesto, el recurso de emigrar); aunque también hay principios internacionales, como juzgar al prójimo con toda tranquilidad o asesinarlo, sin culpa, cuando las diferencias locales se agudizan y es preciso allanarlas por las armas (y en este caso, habría que mudarse de planeta).

La gente no sufre demasiado; practica la vigilancia mutua, que le procura muchos placeres; se consuela pensando en el reino de los cielos o en algo más cer-

cano, como la jubilación; practica el ahorro bancario y paga alguno de los llamados seguros de vida, aunque ésta sea insegura por excelencia. Y simplemente se resigna. Cualquiera de esas actitudes conduce a una sana rutina sin inquietudes ni físicas ni metafísicas. Entonces empieza a ser lunes a cada rato, y luego invierno a cada rato, y unos lo aceptan suspirando como lo aceptaron sus padres y abuelos, y otros protestan pero se dan cuenta de que es inútil. Y finalmente todos se oxidan y se arrugan y encima deben soportar que la ciencia prolongue esa etapa para que nadie sea culpable de eutanasia por negligencia y la voluntad del Señor se cumpla en circunstancias irreprochables.

*

Los Vigilantes pescan a ciertos sujetos desde muy chiquitos y les dan adiestramientos especiales para que los releven algún día. Lo increíble es que los viejos no los delaten; porque saben muy bien cómo sucede lo de los lunes, pero callan. Tal vez actúen por resentimiento, ya que ellos nunca recibieron advertencia alguna. Muchos de los ancianos que toman el sol en los parques se han solidarizado con los Vigilantes, y observan a la gente y estiran sus arrugas en una sonrisa cuando ven en los menores que ellos las primeras señales de deterioro. Tal vez haya también viejos buenos que estarían dispuestos a hablar, pero guardan

silencio porque saben que es inútil: los jóvenes desconfían de los viejos, o como lo dije antes no hay diálogo posible a velocidades tan distintas. Yo misma, sentada ahora ante mi vieja grabadora IBM-1980, que suelta una larga tira en la que veo escritas mis palabras, sé que me van a llamar loca: la loca que creía poseer —una vez más se repite la historia, dirán— el secreto de la juventud.

III

En pensamiento descargo los puños una y otra vez contra durísimas paredes imaginarias, porque mis nudillos son ya incapaces hasta de tocar a una puerta. ¡Ah, si yo hubiera defendido mi casa de antes de los lunes, él y yo nos habríamos ido a dormir juntos, en plena dicha, a la montaña! ¿Por qué se aturdió la liebre, perdió el equilibrio el trapequista, se desangró la salamandra?

Mi casa era un territorio de niños, pájaros, gatos, y amigos que siempre se presentaban intempestivamente, un país gobernado por mi contemporáneo y yo. Yo solía recorrerla brincando, pasando porque sí un pie estirado en punta por encima del respaldo de una silla, haciendo graciosas reverencias de gimnasta para recoger cualquier cosa del suelo sin doblar las rodillas, y siempre con una cinta de 57 centímetros amarrada a la cintura para que Él no dejara nunca de

decirme: “Te la voy a cortar con una hachita de plata”. Él daba clases de física en la Universidad. Yo era traductora de una editorial y lectora empedernida de muchas otras. Trabajábamos lo necesario para sostenernos y disponer de mucho tiempo libre para los juegos y la lectura. Jugábamos muchísimo. Una noche lo esperé “de momia”: enrollado en torno a mi cuerpo, por toda vestidura, un listón azul celeste con el que pensaba renovar un día los bordes de los cobertores; otra noche, de únicamente botas, sombrero y guantes; otra más de estatua, en pleno jardín, padeciendo frío entre las enredaderas y a la espera de que llegara Él con su coche y me contemplara a la luz de sus faros. Tenía poca ropa y me gustaba variar el desvestido de la cena, en el que mis cabellos largos ponían el toque modesto “a lo Godiva”. A veces Él me fotografiaba, sin cabeza para guardar el anonimato, y colocábamos mis retratos, apoyados contra los lomos de los libros, en algún anaquel de la biblioteca. El trabajo, nuestros juegos y los niños, eran lo principal: cuidábamos de que estos últimos anduvieran descalzos, comiesen lo que quisieran, escalaran libremente los muebles y aliviaran sus días de resfriado y fiebre chupando hielo.

Del resto, nos desentendíamos. Confiábamos la casa a dos hadas de provincia que lavaban la ropa, preparaban para las comidas lo que Dios les daba a entender, y estaban bien aleccionadas para quitar el

polvo sin destruir el paisaje doméstico: esos espacios indiferenciados con algunos puntos de referencia como mesa, silla, anaqueles abiertos a cualquier objeto *además* de los libros, los cuales se desparramaban a su vez sin orden por todos los rincones. Las hadas no borraban, hasta recibir órdenes, algún TE AMO escrito con el dedo en algún vidrio polvoriento; ni quitaban de su no-lugar los objetos que andaban de viaje por la casa; y sabían sobre todo que no se tocan los libros sin destruir algún orden mágico —que la contigüidad provisional entre un tomo de Borges, los *Problemas de ajedrez* de Ellerman y la *Antígona* de Sófocles encima del piano no podía ser destruida sin estropear tal vez algún plan mío... ¡que no tenía por qué explicarles!

Los libros tenían que moverse libremente, derrumbarse de lado en estanterías constantemente saqueadas, formar pilas sobre nuestras mesas de trabajo hasta interceptarnos el horizonte casero, emigrar hacia los cuatro puntos cardinales. Y así Rilke se eternizaba, abierto boca abajo sobre una silla, por lo cual era difícil volver a cerrarlo luego en la página donde los ángeles son crueles; y había que asear el baño sin emparar a Montaigne o a Cortázar, o volver a dejar sobre la cama tendida, en el mismo orden en que habían sido hallados antes de deshacerla para ventilar sábanas y mantas, a Lewis Carroll, el *Scientific American* y una revista de arquitectura en la que un peine que

desaparecería tres meses de mi vida señalaba la chimenea ideal... de una casa todavía inexistente pero ya soñada. Eran, además, libros-avestruces que se tragaban toda clase de cosas planas. ¿Y cómo me las habría arreglado yo, si los hubieran movido, para reconstruir la situación que me permitiría encontrar una carta sin responder, el recibo de la luz, mis papeles de trabajo, un poema trágico que era preciso destruir, o el sostén de encaje que se quedó entre el Diccionario de la Academia y el D. H. Lawrence cuando interrumpimos la lectura de este último para escenificar uno de sus pasajes?... Pero mis hadas no tocaban nada, y buscar cosas extraviadas por nuestro territorio se había convertido ya en un juego más.

*

Una de las primeras críticas que yo recuerde haber recibido de los Vigilantes, se desató el día en que perdí una carta llegada de Nueva Delhi. Mi amiga M, de visita en casa, quien ya había arqueado las cejas ligeramente al encontrarme en bikini a las cinco de la tarde, presenció la investigación:

Yo preguntando a la recamarera por el sobrecito azul de papel que crujía;

ella diciendo que me había oído leer por teléfono a mi amiga F el pasaje sobre el amor en la India (la carta era de un primo diplomático) y aclarando: "Cuan-

do la señora F telefoneó, usted salió del baño con la carta y un libro en la mano”;

yo averiguando cómo era el libro;

mi hada respondiendo: “El del joven guapo en la tapa”;

“¡El Rimbaud!”, comuniqué riéndome a mi visitante, que ya estaba de pie, al recordar súbitamente su presencia. “¡Siéntate!”, le grité mientras corría hacia el teléfono de la cocina (es más fácil reconstruir una situación en el lugar de los hechos).

Allí, pues, recordé en seguida que cuando la señora F colgó el teléfono, llamó X para preguntarme por la traducción de un término técnico en inglés. Pero como en ese mismo instante había yo recordado... olvidé a X por completo. “¡El televisor!”, grité pasando a saltos frente a mi visitante rumbo a mi cuarto.

Allí estaba el Rimbaud, que había yo dejado cuando fui por el diccionario de ingeniería de Robb. Tuve que revisar una alta pila de revistas para rescatarlo y, con la carta, encontré también las tijeras desaparecidas una semana antes. Entonces entré en el cuarto de baño para recortarme un poco el cabello y olvidé para siempre a mi visitante.

*

Esa noche M telefoneó furiosa. “¿Por qué no fuiste a buscarme al baño?”, le dije. “¡Qué falta de confianza!”

Entonces ella se destapó. Me dijo cosas que nada tenían que ver con el asunto. Recuerdo que hablaba en negativo: “No te voy a decir lo que piensan por ahí de tu desorden casero... *Tampoco* te voy a revelar quiénes hablan pestes de ti... *Nadie* podrá obligarte a quitar esos desnudos tuyos de los libreros, por supuesto... o a que te vistas de otra manera...”, etcétera, etcétera. Concluyó que actuaba yo siempre para llamar la atención, que debía darme vergüenza, que pensara en mis hijos, que iba a estropear la carrera de mi marido y cosas por el estilo. No me afectó. Ni siquiera lo comenté con Él: ambos vivíamos entonces a lo que llamaría una velocidad perfecta. Pero tampoco identifiqué esa vez a M como Vigilante porque no conocía aún a los de esa especie. No. Los Vigilantes atacaron después, durante una pausa, en nuestra vida, en punto muerto.

IV

Esa vez estuvimos tigres más de una semana y los hilos quedaron muy estropeados. Lo atribuyo a la conjunción de unas cuantas desgracias menores: el tic del niño mayor, el hombre de la sala, y el extravío de mi pasaporte —que me devolverías seis meses después desde Perú.

El niño mayor se puso un día a guiñar el ojo izquierdo sin que hubiera manera de que aquello cesara —aunque para lograrlo agotamos todos los recursos:

hablar con sus maestros y amigos,
investigar sus lecturas acerca de monstruos,
ponerlo horas frente a un espejo (no movía entonces ni una pestaña),

aplicarle toda clase de colirios y pomadas oftálmicas,

decirle “eres muy chiquito todavía”, y a continuación construirle una casa en un árbol y conseguirle su quinto gato,

decir “ya eres todo un joven” y pelearnos con los de El Patio para que lo dejaran ver el show de Louis Armstrong a las 2 a. m.,

y por último consultar a un psicólogo.

Éste nos vio tan nerviosos que nos aconsejó como primera medida un viaje solos, y nos citó para la vuelta. Con la noticia, el niño se puso a guiñar el ojo más seguido. Estábamos al borde del *break down* cuando decidimos viajar a San Francisco y dejar a los niños con mi tía la soltera, que los quería mucho y los llevaba todos los viernes de paseo. Él pidió licencia en la Universidad, y ya teníamos los boletos reservados, cuando pocos días antes del viaje desapareció mi pasaporte.

“Esto es obra de algún libro-avestruz”, me dije.

Era domingo,

día ideal para una investigación, y me puse a revisar exhaustivamente los volúmenes *ambulantes* hasta en sus últimos reductos posibles, como los roperos y

los cajones de los juguetes. Así fue como dos días después,

el martes,

encontré en el cuarto de los niños la fotografía del mayor en traje de primera comunión, con un lazo de seda blanca en la manga, rosario y misal en mano, y con los ojos en blanco como las vírgenes de Murillo. El chico confesó entonces, llorando, que los viernes no había ido de paseo sino a aprender catecismo, porque mi tía la soltera le había dicho que nosotros vivíamos en el pecado pero que ella se encargaría de salvar a los *inocentes* —él y sus hermanitos. Lo consolé con besos, le dije que el asunto era “pintoresco” y no tenía importancia, y puse su fotografía en el librero junto a mis desnudos sin cabeza.

Se le quitó para siempre el tic del ojo.

El miércoles,

me fui a ver a un cura progresista, amigo nuestro (*onda*, no *fresa*, como se decía entonces). Accedió a hablar con el niño y con mi tía la soltera para poner en claro que nosotros también, ¡no faltaba más!, éramos aspirantes al paraíso. La tía renunció, suspirando, a salvar más inocentes. Y yo corrí a comunicarle a Él que todo estaba arreglado y que podíamos largarnos a Frisco. Y ya iba a tararear la tonada que cantaba Dean Martin (ni quien lo recuerde en el siglo XXI), tan exaltada con el éxito de la terapéutica accidental, que había olvidado lo del pasaporte.

“¿Y tu pasaporte?”, dijo Él. “¿Y el *hombre de la sala*?”

También había olvidado al *hombre*. Le respondí que las cosas se hacen una por una, que no es posible resolver todo al mismo tiempo, que en lo del *tic* me las había arreglado sola y que bien podía pedirle ayuda en lo del *hombre de la sala* y dedicarme exclusivamente a buscar el pasaporte. No me respondió. “No he tenido tiempo de cruzar una sola palabra con *el hombre*”, le dije. Me miró entre exasperado y escéptico (ya mencioné que estábamos muy nerviosos). Y mi contemporáneo no me respondió por primera vez en nuestra historia. La verdad es que, con tanto problema encima, yo ni siquiera había atendido a las visitas. Últimamente se las pasaba a Él, para que fuera aprendiendo a colaborar en algo conmigo, sobre todo ahora que estaba de licencia. Recuerdo vagamente que ese mismo día llegó una amiga gorda, que por cierto era también gran amiga de M, y se moría por saber si M me había dicho quiénes eran los que hablaban mal de mí (el día de la carta perdida en el Rimbaud), y no podía creer que yo no se lo hubiera preguntado. También llegó un corredor de bienes raíces que insistía, desde hacía meses, en que compráramos una casa en abonos mensuales. Los visitantes veían al hombre de la sala y se detenían un instante en espera de una presentación que no se me ocurría hacer.

Cuando Él pronunció las que por algún tiempo serían sus últimas palabras, “¿Y el *hombre de la sala*?”, el hombre llevaba dos días esperando.

Estaba enamorado de mí y esperó en total cuatro días consecutivos, de 3 a 7 p. m., sentado en nuestra sala. Yo le había contado a Él que el hombre se me había declarado después de una mesa redonda por televisión sobre “Amor y matrimonio”, pobrecito, y con toda buena fe, porque al oír mis puntos de vista pensó que no estaba casada. Creí que era un tipo inteligente, aprovechable, y que valía la pena aplicarle nuestro *método sanitario* (Él lo había hecho ya con una pintora gringa que ahora nos adora, y yo con el editor de una revista que me había telefoneado a diario durante dos meses).

El método consiste en desenamorar al sujeto e integrarlo al grupo de amigos. Invité al hombre a tomar café cualquier tarde después de comer, para presentárselo a Él. Llegó con un ramo de rosas que yo puse en seguida en el escritorio de mi contemporáneo. Estoy segura de que, sin lo del *tic* y lo del pasaporte, Él se habría presentado solo en vez de encerrarse a trabajar compulsivamente en el estudio dejándome sola con el visitante.

El jueves,

encontrar el pasaporte era cosa de vida o muerte, porque Él seguía mudo. A estas alturas, el hombre de la sala estaba al corriente de toda la situación (también, ay, del silencio de mi contemporáneo) y hasta me ayudaba a revisar libros. Era discreto, no me hablaba para no distraerme, trabajaba en el sillón mien-

tras yo pasaba bailando de un lado a otro como de costumbre. De repente descubrí que había bajado mis fotografías del librero. "Acéfalas pero no apócrifas", dijo lacónico. Yo le señalé un TE AMO escrito sobre un vidrio *antes* de que mi contemporáneo y yo comenzáramos a ponernos nerviosos, y me encogí de hombros al tiempo que abría los brazos con las palmas vueltas hacia él como dándole a entender: "No tiene usted ninguna esperanza, ¿comprende?"

Obviamente, el hombre entendió otra cosa o se hizo el que no había entendido, porque cuando yo pasaba cargando cinco tomos de la Enciclopedia Británica en los que sólo había encontrado dibujos de los niños, me besó a traición. Con mi carga, fue imposible defenderme. Además todo fue muy rápido y como en las películas, porque precisamente en ese instante Él se asomó desde el estudio —tal vez decidido ya a ayudarme—, nos vio, y desapareció dando un portazo. Yo grité al hombre: "¿No comprende que soy una respetable madre de familia?" Nunca más volvió.

v

Pensé que era idiota dar explicaciones y dejé que el silencio se instalara entre Él y yo. Renuncié, además, a buscar el pasaporte desaparecido.

Mi pasaporte se había ido a Perú, con *La ciudad y los perros* y un horrible tomo de dizque poesía, cuan-

do un amigo de la embajada de aquel país vino a recoger los libros que me había prestado y, concluida su misión, regresó a su patria. "Regocijada" con un poema de Santos Chocano yo había metido el pasaporte entre dos hojas, para reírme un poco con mi contemporáneo, en la página de "Alma América, Fiat Lux!" A última hora olvidé este detalle e hice un paquete con los libros por devolver. En fin... Todo esto no tenía ya importancia. Ya no reconstruiría los hechos para Él cuando, seis meses después, me devolvieron el pasaporte por valija diplomática. Ahora que soy vieja pienso que debimos haber llevado lo tigres al extremo, caer al suelo entre zarpazos, cualquier cosa menos detenernos en aquella pausa en punto muerto que los Vigilantes aprovecharon para *convertirnos*.

Fue una pausa horrible.

Repetíamos sin convicción lugares comunes..

Perdimos el don de no hacer nada *por costumbre*.

Estábamos tristes, ex-liebres, ex-salamandras, ex-trapecistas.

Yo lloraba a toda hora y el piso de casa se cubría de kleenex que escondía a puntapiés debajo de los muebles.

Una vez Él llegó cuando estaba hecha un ovillo en un sillón-isla, entre olas de pañuelos. Tomó una escoba y los barrió sin decir una palabra.

¡Así estaban las cosas!

*

Resultó fácil a los Vigilantes seguirme el rastro por los kleenex, que también iba dejando caer a mi paso por las calles, y vinieron a consolarme. Se presentó la propia M acompañada por la gorda. “Hace mucho que queríamos hablarte, querida”, dijo una, “y creo que éste es el momento” (claro, como que yo estaba hecha un trapo). “Está muy mal lo que hiciste con el hombre de la sala” (yo iba a protestar)... “pero no des explicaciones: lo pasado, pasado. Se ve a la lengua que estás arrepentida”.

Así, en la primera visita, se dedicaron a mimarme y a consolarme. Pero era sólo la primera visita... Mientras tanto Él se dejó convencer por el vigilante-matemático de la conveniencia de dictar más horas de clase: “¡Así, algún día será profesor de tiempo completo!”, le decía aquel tipo como quien promete un Potosí. Y Él empezó a ahorrar para el primer pago de la casa a plazos, a la cual nos habríamos de cambiar... cuando ya era lunes a cada rato. Además, compró un librerito nuevo para poner aparte sus volúmenes de física.

En su segunda visita mis Vigilantes destruyeron los desnudos sin cabeza de los libreros, esas fotografías que nunca se convertirían por lo visto en dulces retratos de antepasados. Me preguntaron si la cinta que llevaba a la cintura (la de 57 centímetros) tenía algún significado religioso, si estaba allí por alguna promesa, y se encogieron de hombros cuando me la quité

(para siempre) sin responder. M y la gorda procedían con calma: no tomaban más de dos iniciativas diarias, seguras de sí mismas y de que yo iba por el buen camino. Prosiguieron sus visitas y mi casa se fue ordenando.

Me corté el cabello, que “así de largo” —eso me habían dicho— “no se ve nada elegante con los trajes sastres”.

Obligué a los niños a lavarse los dientes después de cada comida.

Ya no respondí en el teléfono: “Llame usted más tarde porque *mi contemporáneo*, etc...” Usé el horrible término de “mi marido”.

“Un cambio es bueno” (¡oh engañosas palabras!), decían M y la gorda, “hazte a la idea de *casa nueva, vida nueva*”.

Y a mi nueva casa llegó todo clasificado, todo etiquetado; había en ella un lugar para cada cosa y yo, con las manos lacias, vi cómo mis Vigilantes ponían cada cosa en su lugar.

“Estás cansada, querida”, me decían; “ya no estás en edad de andar a saltos para aquí y para allá. Cálmate, cómprate una agenda, haz listas de tus actividades diarias y verás cómo te rinde el tiempo con un poco de orden”.

En dos o tres semanas me enseñaron a ser la perfecta ama de casa, la esposa modelo, la madre ejemplar.

Los niños se pusieron a crecer aprisa.

Ahora que soy más vieja que nadie, nadie me va a creer aunque grite: ¡Cuidado!... Pero así son las cosas.

Todo el mundo tiene penas, dificultades, lo cual no es razón para dejar de hacer gimnasia, acostarse por un poco de fiebre, sentirse culpable después de un baño de sol que duró toda una mañana, desnudarse en el cuarto de baño porque no hay humor para shows, decir que es imposible improvisar una cena porque el refrigerador está vacío, criticar a fulana o mengana porque usa lino en invierno, o terciopelo en verano, correr al marido del estudio porque toca encerrar, abrir una cuenta de ahorros y exigir al cónyuge que ahorre un poco. Se pierde el ritmo, vive uno atropelladamente o se atrasa, y de nada sirve hacer por adelantado largas listas de lo que toca hacer cada día.

No sé cuándo empecé yo con mis listas, pero hice el tiempo picadillo y el tiempo se desquitó conmigo. Comenzó con sus lunes increíblemente frecuentes, con las mismas tareas, los mismos compromisos, sin treguas para tomar aliento, para cobrar conciencia de lo que sucedía. Otra-vez-lunes se volvió otra-vez-fin-de-mes y otra-vez-fin-de-año... Cuando quise hacer una pausa me di cuenta de que era irremediablemente vieja.

*

Miro a mi alrededor y ya no están mis contemporáneos más amados, a quienes no amé lo suficiente, con quienes no hablé lo suficiente. Todo ha sucedido con tal rapidez que apenas si puedo creerlo y de vez en cuando me equivoco:

miro una escalera, y tomo impulso para subirla, loca de mí, cuando con trabajo se despliegan mis articulaciones para llevar al primer peldaño un pie flaco que ya nunca andará descalzo;

veo una piscina y sueño que llego a su centro de un salto, cuando a duras penas consigo sentarme en su orilla y meter la mano en el agua sólo para temblar de frío;

estoy cada día más flaca y más ligera;

me pongo vestidos de telas espesas y amplias faldas fruncidas, y chales, y sombrero, para que no me doble el viento;

mi anillo de bodas viajó por dedos cada vez más delgados, del anular al mayor, y del mayor al índice, y del índice al pulgar. No quiero perderlo. No quiero que se me caiga.

Voy a acostarme en una caja de seda, con las manos firmemente entrelazadas sobre el pecho. Creo que bastará con cerrar los ojos y contener la respiración unos segundos.

ÍNDICE

Suicidio	7
Difícil conquista de Arturo	14
Fiesta (Monólogo de una niña en la guerra)	35
Simpatía	43
<i>Mon Dieu</i> , Carnap, queso y ciruelas	55
La mujer ignorada	64
El hombre que sube aprisa las escaleras	77
Su primera ballena	85
A cada rato lunes	91

Este libro se terminó de imprimir en septiembre de 2003 en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. En su tipografía, parada en el Departamento de Integración Digital del FCE por *Juliana Avendaño López*, se emplearon tipos Minion de 14, 13:17 y 12:16 puntos. La edición, que consta de 2 000 ejemplares, estuvo al cuidado de *René Isaías Acuña Sánchez*.